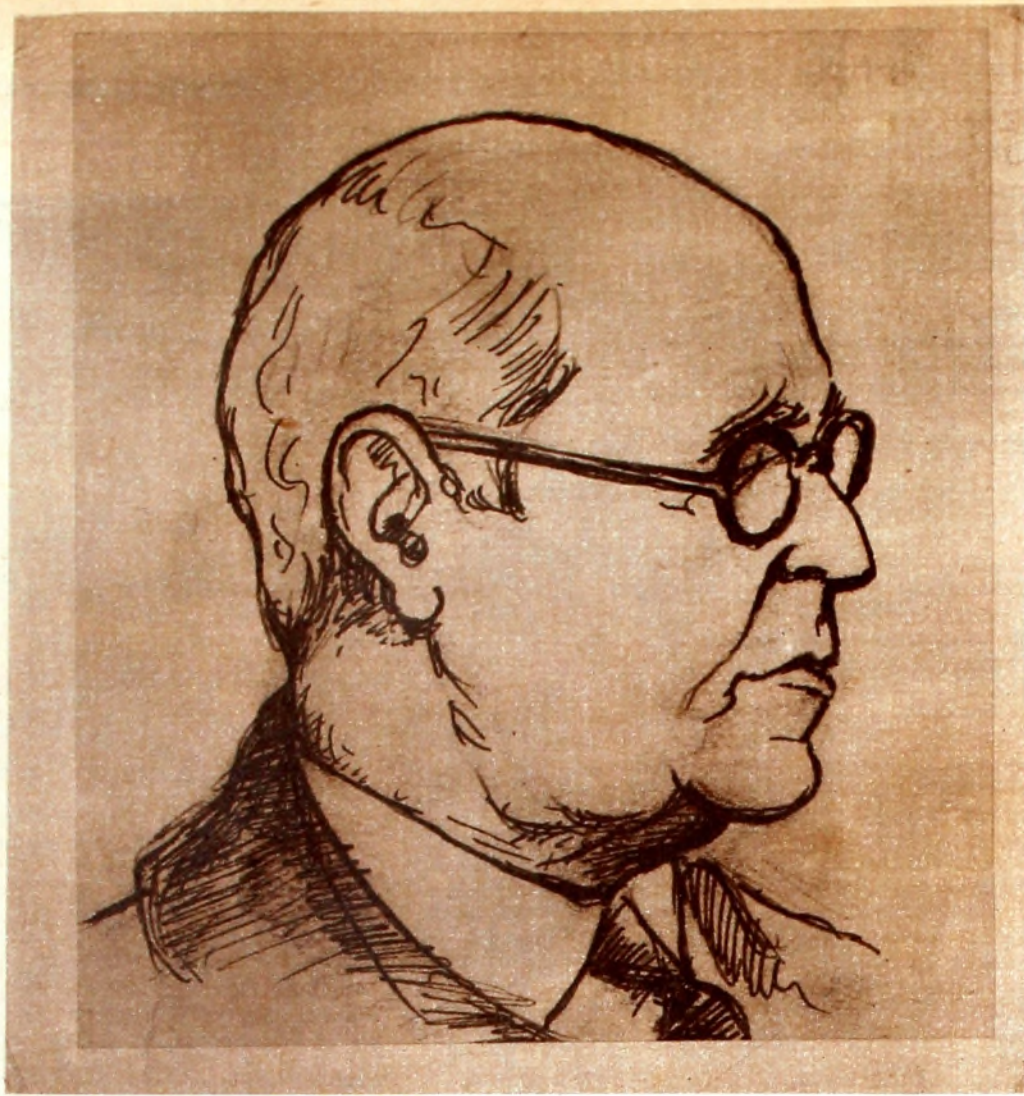




JOHN F. KENNEDY

Desde el año 1956 se venía mencionando a John F. Kennedy como seguro candidato a la presidencia de los Estados Unidos de Norte América, en la Convención Demócrata, pero antes era ya bien conocido como diputado, y luego como senador, alcanzando fama política al dedicar sus energías y espíritu al servicio público. Su principal versación radica en los asuntos del exterior y en los del trabajo, habiendo ejercido gran influencia en la formulación de leyes sobre estos temas.

BERNARDO



Bernardo de la Hanty, caricaturizado por la brillante pluma de Dardo Salguero de la Hanty.

HAY un personaje de "Los Pueblos" de Azorín, al que vuelvo con goce frecuentemente. Es el trasnochador, a quien llama el noherniego. Conoció a don Juan, y al muy poco tiempo de entablar relación con él, le preguntó si se acostaba tarde todas las noches de su vida.

—“Yo no puedo acostarme sin ver la luz del día”, contestó.

Azorín quedó mirándolo asustado, y se dijo:

—“¿Puede darse un ser extraño y más interesante que un trasnochador de pueblo? ¿Qué hacen estos trasnochadores durante la noche interminable de las ciudades muertas? ¿En qué emplean las horas monótonas, eternas, de las madrugadas invernales?”

Don Juan se quedaba hasta la una en el Casino, luego se iba con varios amigos y hacían una cena, y al final se marchaban a su casa y se entretenían en algo.

Esa noche lo acompañó Azorín y pasaron horas antes de separarse.

—“Un reloj, uno de esos terribles relojes de las casas de los pueblos, suena cuatro metálicas campanadas; cantan los gallos a lo lejos. En los vidrios de la ventana aparece una claridad vaga...”

—“Don Juan, me marchó”, digo yo.

—“Pues vaya usted con Dios, Azorín, y hasta la tarde.”

La puerta hace un ruido sordo al ser cerrada. Yo miro al Oriente, que aparece encuadrado entre las dos ringlas de la casa y la veo teñirse de carmín, de nácar y de oro.”

He reducido a veinte renglones, las ocho páginas de “Los Pueblos”.

Yo conocí a Bernardo en San José, un día que mi primo Carlos Larriera, a quien quiero como a un hermano muy querido, iba a colocar una placa en la calle Eusebio Vidal.

Tenía referencias tuyas, y aspiraba a conocerlo. Vive a veinticinco cuadras del

Prado Chico, junto al arroyo de las Tejeras, en la casa que heredó de su padre, y donde no ha dejado de dormir ni un solo día.

Teníamos tiempo, y yo insistí en que fuéramos a verlo, en seguida.



Una rueda de tutti chanco. (Caricatura de Bernardo representando una escena en el club Fraternidad).

—“¿Estás loco?, me dijo el primo. Se levanta a las siete de la noche”.

Empleamos la mañana en visitar el pueblo viejo. Casi todos mis ascendientes, desde mis bisabuelos, descansan en el camposanto de San José.

Fuimos hasta la calle Arenal Grande, de casas bajas y cercos florecidos, donde se conserva intacta la casona del abuelo Carlos tan llena de recuerdos, pues mi madre encontraba pretextos para evocarla continuamente.

¡Con cuánta unción encontramos en un rincón del patio, la enorme magnolia fuscata plantada por Mamita Severa, que siempre arrancaba las flores olorosas para las manos que la visitaban en su hogar! Todo nos atraía en ella! La caballeriza del fondo, que guardaba el recuerdo de la sopanda que una briosa yuntá de tordillos negros arrastraba hasta las estancias vecinas. La quinta de frutales... El cuarto donde nació mi padre...

Nos atrajo luego la casa del tío Manuel, un cuarto de manzana que muchos años lució en la esquina aquel cañón tomado a los españoles el año 11. Ahora está convertido en Museo Departamental, y guarda en sus salones las telas de los pintores del interior.

Y luego la casa del tío Serafín y donde ya no está la tía Enriqueta. Vi la casa, transformada en un cine, donde mi madre empezó de maestra rural y después fue llamada a Montevideo que la convirtió en maestra vareliana, mientras sus hermanas María y Elena quedaron en San José, de educadoras del niño Bernardo de la Hanty.

A las siete emprendimos el camino a la casa de Bernardo, pasando por la portera de la “quinta del horno”, que construyó el año 22 don Francisco Larriera y Barredo, y que tuvo una noche a Darwin como ilustre visitante.

Frente a la casa hay una antigua granja que lleva el nombre de “Tacoronte”, lugar que designa el pueblo donde nació la madre de don Sixto.

El Prado Chico es una selva y la casa de Bernardo es un caserón de paredes severas, con una fila de ventanitas abrigadas bajo el alero del tejado. Una selva inculta y profusa, en la que brotan algunas hierbas bravías. Antes, una acacia enorme sombreaba la casa aldeana. A don Sixto le agradaría mucho la vecindad, la dulce quietud del suburbio, al que adormecía el sol de la tarde. Cerca de la casa una alfombra de césped —recién recortada— quemada un poco por el sol de octubre, y entre dos árboles que le hacían sombra, había allí, para los vagares de la siesta, un largo banco de madera.

La casa parecía vacía y en medio de aquel silencio enorme rompieron de pronto los ladridos de un perro. Parecía un perro muy grande, una especie de sabueso gigantesco tan feroces eran sus ladridos. No lo veíamos pero seguramente tendría lumbre en los ojos y en el hocico como el de los Baskerville.

—“Es Gufi”, nos tranquilizó Bernardo— entrando por una puerta que no habíamos distinguido. Lo seguía de cerca una joven graciosa que era su hija. Hortencia lo acompañaba todas las noches al pueblo, gracias a un viejo Ford parecido a “Pedrito”, llegan al Club Fraternidad, y se va al biógrafo, volviendo al fin de la cinta, y se lleva a su padre a la casa solitaria, a pasar la noche... levantados.

—“Haz un concierto para nosotros”, dijo Carlitos, mirando significativamente al perro. Hortencia se sentó al piano y puso las manos sobre las teclas. “Gufi” se tendió de golpe a su lado, y escucho religiosamente la pieza, callados de inmediato sus ladridos horripilantes. Todas las noches hace lo mismo, escucha con oído filarmónico lo que esta magnífica concertista ejecuta, y cuando cierra el piano se levanta y se va a dormir.

Bernardo es pintor de nota. Sólo trajimos un álbum con las caricaturas con que adornaba diariamente las cartas que escribía a París a su hermano José María. Este enviaba a un diario de la mañana espléndidas crónicas de arte.

Su padre don Sixto vino a San José de la calle Misiones de Montevideo, cuando tenía veinte años. Fue actuario del Juzgado mucho tiempo, y en él se recibió de escribano.

Tenía el más completo archivo de los diarios locales, que recibió como herencia Bernardo, pero con una falta. Un hermano de su padre, estando éste de viaje al Paraguay, descubrió un día que el papel de diario era de la más fina seda de la época... y se los fumó hasta los editoriales.

Bernardo y su hija son de la más pura raza noctámbula. Humberto Arias, hermano de Alberto, era un notable barítono, a quien pudo oír cantar Carlitos, el brindis de Hamlet, maravillosamente cantado... a las cuatro de la mañana.

Este hombre tiene el espíritu de Shanti-Andía, pero al revés. Tiene un apartamento en San José, al lado del teatro Balbona, a veinte metros de la plaza. Lo paga por año adelantado, y guarda en él, con gran ternura, muebles antiguos, recuerdos de familia, cuadros de gran valor. No lo ha habitado nunca ni ha dormido en él una noche.

Tiene una sola tragedia en su ya larga vida, pero lo amargó por el resto de sus días: perdió la esposa muy joven, una mujer encantadora, de la que ha quedado un óleo en el comedor.

Habiéndole preguntado a don Bernardo por qué se llamaban maragatos a los de San José, cuando ni Sierra, ni Caputi, ni Larriera dejan de mencionar el origen asturiano de los primeros habitantes, se basó en la tradición, que sería ésta: el año antes del nacimiento del pueblo, le dijo un tal Cotrofe a un tal Sotelín, que a él que le gustaba el agua, ahí tenía el mar cercano. Y le mostraba una laguna con patos y árboles.

Sotelín habría contestado: —“Sí. Pero es un mar a gatas”. De ahí vendría el nombre.

La tarde empezaba bien. Indagamos entonces sobre la antigüedad de la campana de San José. Nos afirmó que tiene una fecha, 1660 ó 1670, no recuerda bien, porque hace mucho no sube los escalones con el mismo gusto que antes. Primero había sonado en la selva misionera, habiéndola arrancado Rivera en 1828 y llevándola en

APARECIO

“AGUAFUERTES DE LA RESTAURACION”

CUARTA EDICION

En venta en
LIBRERIAS BARREIRO Y RAMOS

Se
El Pro
de Bern
veras, co
des bajo
cultura y
habían
semejante
agradar
real del
de la ter
de desol
na por p
lucidez q
para la r
co de m
La que
aquí al
la labo
muy gu
toso tan
reinas p
en la qu
Bakewell
—“Pa
entando
distingui
pacas q
pública
y en vi
que el C
es, volu
a su pad
noche...
—“Est
Carlos, a
en Bern
mano est
pige a m
pues, col
bomplaz
Toda la
mismo, p
vía pací
Bakewell
Bakewell
carreta
Abandon
rumbo de
escribió
Rafael Si
de 1852,
padre, qu
donde ha
De él le
venía ese
rollado e
Ese afán
los cator
en la Adu
Siempre
do al ver
labios, q
Daba la
siempre
aspecto. E
fue Rugen
modelo q
los que l
consentid
Hablando
yenda que
con un gr
mada, est
en poder
apuntaba
marcando
debiendo
Yo estab
excelentes
Tenía dere
merecía es
a doña B
correspon
“Sombras
“...y por
de decir
bender o
con todos
Manga, q
para las
La guerra
re Rivera
teniendo



Paraje llamado "Prado Chico", en los alrededores de San José. Aparecen en la foto, de 1895, don Sixto de la Hanty y señora, y entre otros su hijo Bernardo.

carreta a San Borja, cerca del Durazno. Abandonada San Borja la campana tomó el rumbo de San José. Sobre esa campana escribió Bernardo una crónica digna de Rafael Sienna. La de la famosa noche buena de 1852, escrita sobre los apuntes de su padre, que vino ese año de Montevideo, donde había nacido el año 1832. De él le venía ese afán de curiosidad tan desarrollado en él. Ese afán le sirvió al padre a los catorce años el ver los muertos en la Aduana, en la revolución de 1846. Siempre recordaba los sustos que se había llevado al ver el cadáver de José Batlle, tirado en la azotea, por carcheo, con solo una media azul calzándole el pie izquierdo, antes de ser arrojado a la calle el cadáver del coronel Estivao.

Vivía en la calle Misiones y Buenos Aires y visitaba a menudo la casa de Rivera, a quien conocía bien y de quien recordaba un detalle poco conocido y del cual no hemos leído nunca nada: tan finos eran sus labios, que la boca aparecía como un tajo. Daba la impresión de "estar aguantando siempre la risa". Los retratos no dan ese aspecto. El único fotógrafo de don Frutos fue Rugendas. El hubiera advertido a su modelo que corrigiera ese defecto. Y los que lo retrataran del natural, no le habrían consentido que tuviera la boca apretada.

Hablando de don Frutos corre una leyenda que lo presenta jugando al monte con un grupo de amigos, en Carreta Quemada, estancia de los Más de Ayala, hoy en poder de los Arias. El dueño de la casa, apuntaba en el mirador, lugar de la pesca, marcando con una cruz a los que quedaban debiendo. Una de las cruces rezaba: "Don Frutos quedó debiendo tantas onzas". Y no estaba borrada la cruz ignominiosa... Yo estaba entre adversarios políticos, aunque excelentes amigos.

Tenía derecho a recordarles que bien se merecía esa flaqueza, el autor de esta carta a doña Bernardina, y que figura en su correspondencia y en la página 207 de las "Sombras heroicas":

"...y porque quiero prevenirte que has de decir a don Pedro Pablo que ci puede bender o hipotecar la quinta del Miguelete, con todos los terrenos, hasta la cuchilla del Manga, que lo haga, pues se necesita plata para las necesidades de la guerra..."

La guerra para cuyo sostenimiento quiere Rivera vender o hipotecar sus bienes, es la que desde antes de Cagancha, viene manteniendo la orientalidad contra el tirano

Rosas. Tiene fecha 5 de abril de 1841. Bien se merece don Frutos borrarle todas las cruces que aparecieran en la estancia de Más de Ayala...

Recordamos todo lo que nuestra literatura historia debe a Bernardo de la Hanty, escritor de crónicas sobre un punto de nuestra República. La de la ocupación británica de 1807, habiendo destacado, desde Montevideo ya ocupado, una tropa de caballería que tomó el pueblo sin resistencia. La breve ocupación británica tuvo un fin trágico-cómico. Los hombres útiles del pueblo habían huido a los montes, llevándose la mejor caballería. Los pocos que quedaron concentraron en la plaza unas cuantas troppillas de potros redomones y yeguas ariscas, requisados en los campos vecinos. Y aquí —decía Bernardo— fue la pequeña venganza de los sometidos. El espectáculo de los golpazos sufridos contra el suelo por los soldados, en general malos jinetes, provocó la risa general de los maragatos. Ese día se fueron los ingleses a la Colonia mandados marcialmente por el coronel Pack.

Y la primera compañía de diligencias el año 52.

Y los seis números, dedicados a la iglesia de San José, en la que aparece Fontgibell, nuestro viejo conocido de la Restauración, dando lecciones de bóvedas a los maestros locales.

Y el viaje del coronel Flores a San José en 1854, que tuvo tan pobre esplendor...

Cuánta razón tiene Baroja en Shanti-Andial... Se fue de Lúzar cuando era niño y volvió siendo un hombre. Era un ingenuo cuando lo dejó, y volvía hecho un melancólico y un desengañado. En un mes el pueblo le cambió el espíritu. Ya le gustaba oír el cacareo de los gallos, y el chirriar de las ruedas de las carretas en el camino, y la lluvia caía sobre su alma, refrescándola y dándole alegría.

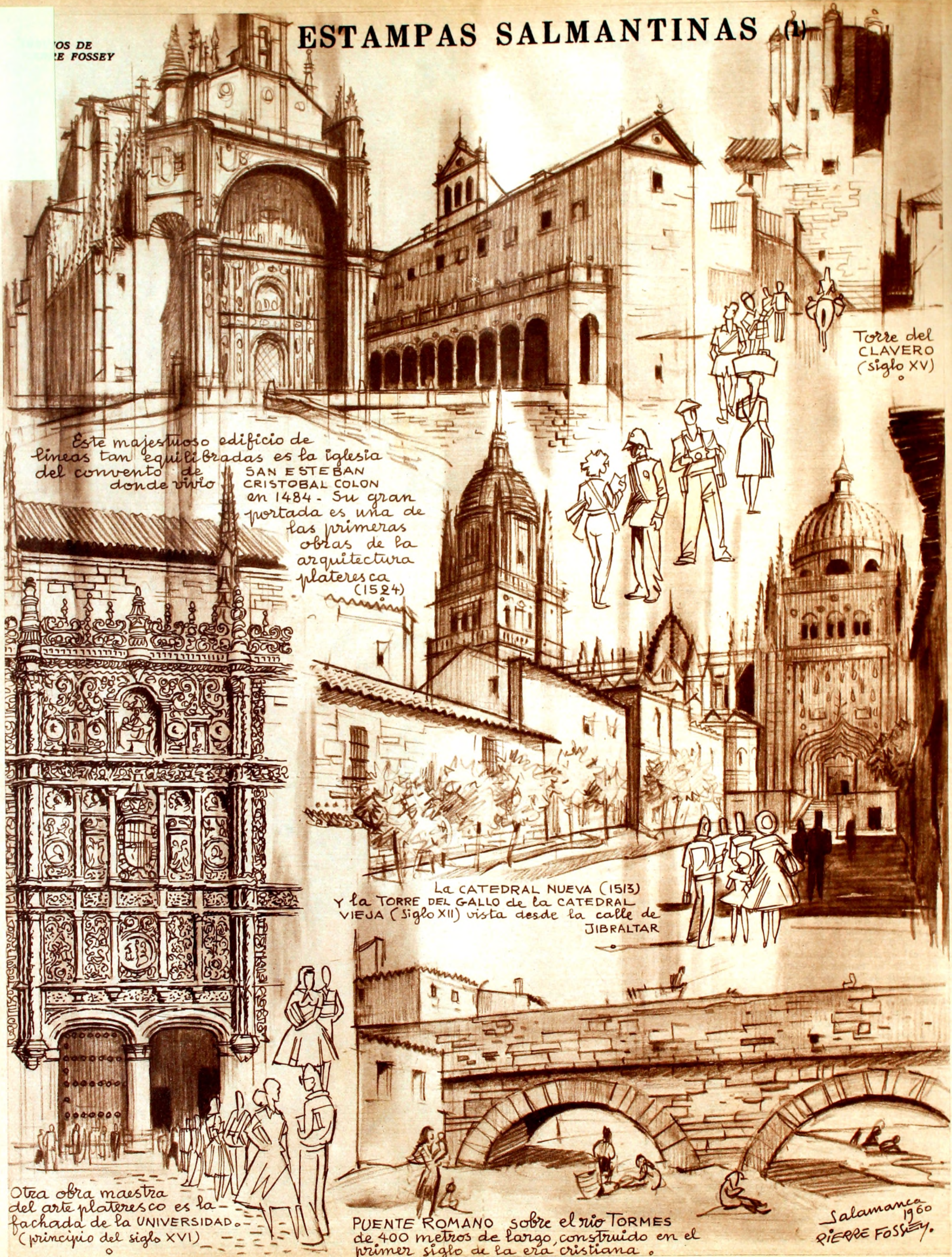
Azorín no ha conocido por ahora a Bernardo. Siendo un niño a los setenta y ocho años, no podría dejar de ser su amigo. No podría pensar que no hay un ser más extraño que un trasnochador de pueblos, porque él, como Baroja, tienen el convencimiento de M. Bergeret de que "el pasado es la única religión que nos queda".

M. Ferdinand PONTAC.
(Especial para EL DIA.)



La paz de 1904. El de la derecha tiene divisa y sombrero colorado. El de la izquierda divisa blanca y pañuelo celeste. Se miran de reojo. (Caricatura de Bernardo).

ESTAMPAS SALMANTINAS (1)



Este majestuoso edificio de líneas tan equilibradas es la iglesia del convento de donde vivió SAN ESTEBAN CRISTOBAL COLON en 1484. Su gran portada es una de las primeras obras de la arquitectura plateresca (1524)

Torre del CLAVERO (siglo XV)

La CATEDRAL NUEVA (1513) Y la TORRE DEL GALLO de la CATEDRAL VIEJA (siglo XII) vista desde la calle de JIBALTAR

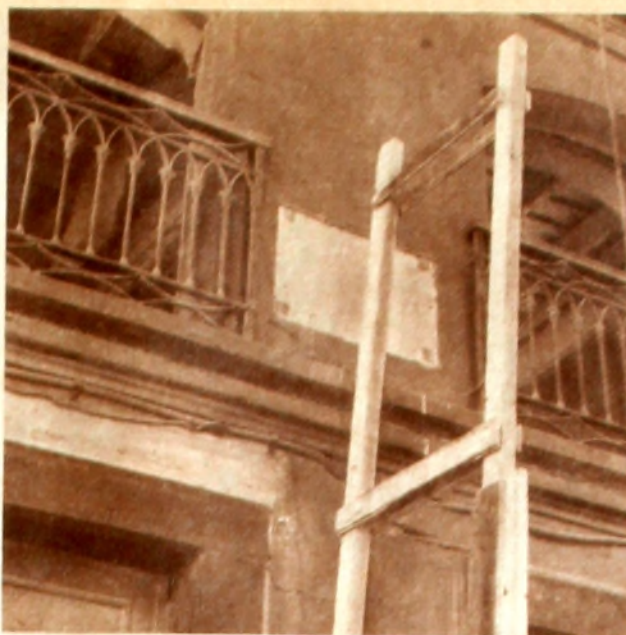
Otra obra maestra del arte plateresco es la fachada de la UNIVERSIDAD. (principio del siglo XVI)

PUENTE ROMANO sobre el río TORMES de 400 metros de largo, construido en el primer siglo de la era cristiana.

Salamanca 1960
PIERRE FOSSEY.



Placa que fuera colocada entre dos balcones del piso de los Laforgue.



Los dos pequeños balcones entre los que se ve la mancha blanca dejada por la placa.

CENTENARIO DE JULES LAFORGUE

MONTEVIDEO conmemora el centenario del nacimiento de Jules Laforgue demoliendo la casa donde viniera al mundo. Semanas atrás cualquiera pudo ver, precisamente delante de la placa memoriosa, el letrero de la empresa que se encarga de las obras. Tema jugoso hubiera sido éste para el autor del tercero: "Eternidad! perdón. Ya lo veo, nuestra tierra / es, en el universo, un átomo donde se representa una efímera farsa."

El primer hito vital de un ilustre escritor tenía que haber sido mejor valorado por una ciudad que otrora fuera apodada "la Atenas del Plata". Hay un acuerdo no firmado en papeles ni tratados, algo como un voto de honor en el campo de la cultura, por el que todo país se hace conservador y custodio de aquel jirón de historia universal que le tocó dentro de sus fronteras. Nos preguntamos en nombre de qué (alguien pretenderá llamarle "progreso"?). Montevideo permite arrasarse sañudamente uno de los raros testimonios que quedaban de la existencia de Jules Laforgue. Qué destino correrá la placa de bronce que, ennegrecida más de lo normal, se perdía entre las sombras de las arcadas y que hoy se halla en el subsuelo de una tienda? Porque bueno es acotar que dicho recuerdo había sido colocado a la altura del piso de los Laforgue por la misión francesa de Pasteur-Vallery Radot de mayo de 1945. Estos extranjeros como otros que vinieran a nuestra ciudad en busca de documentación directa de Laforgue o Lautréamont se mostraron diplomáticamente sorprendidos (léase "horrorizados") por el olvido en que se había abandonado todo cuanto se relacionara con estos escritores. El Uruguay parecía y parece ignorar que célebres poetas o prosistas se han reclamado discípulos de nuestros dos excelsos compatriotas.

Cierto es que Jules Laforgue vivió apenas siete u ocho años (las fechas son discutidas) en nuestra capital. Pero murió a los veintisiete en París; grosso modo podemos decir que un tercio de su vida transcurrió aquí, que ese lapso quedó indeleble en su memoria y que si bien su familia era francesa, su abuelo materno Louis Lacolley sirvió al Uruguay como sub-oficial legionario y hasta intervino en la batalla de India Muerta. No fueron gentes de paso sino que la poca fortuna y la salud precaria hicieron que la familia Laforgue volviera a Europa, o que la muerte precoz diera cuenta de ella. Pero por la rama materna, Jules Laforgue tiene aún parientes en Montevideo. La señora viuda de Emile Milhas nos recibe amablemente. Su esposo fue el primo hermano más afín de Jules y el último gajo directo de los Lacolley, fallecido en 1949. Su compañera nos entrega, conmovida, recuerdos de familia. Su suegra, doña Alexandrine Lacolley de Milhas era la hermana predilecta de la ma-

dre del poeta y madrina de Pauline, una de sus hermanas que más tarde volviera a visitar nuestro país. En un pequeño carnet —diminuto "livre de raison" tan caro a la vieja tradición francesa— la tía carnal de Jules anotó con buen pulso las fechas importantes: nacimientos, bautismos, comuniones, casamientos, viajes, muertes, lo que su sobrino llamara poéticamente "el gran ramo trágico de la Vida". Sobreviven de aquel pasado misales antiguos y sobrios que Pauline regalara a su hermana y estampas de vieja factura donde la filigrana realiza una especie de encaje, orlas decorativas para santos hermosos y escenas místicas. Nos desfilan sus fechas 1865, 1869 y sus dedicatorias afectivas. Una de estas estampas promete la elevación del santuario del Sacre Coeur de Montmartre como gesto de expiación nacional...

Si bien los Lacolley permanecieron aquí, Charles Laforgue también esperó hacerlo. Después de algunos trastornos, fundó un liceo de estudios clásicos en la esquina de Rincón y Juncal cerca de su domicilio en Juncal y Plaza Independencia, costado Oeste. La familia se movía diariamente en aquel sitio de creciente actividad ciudadana, con efervescencias de variado carácter. Jules vino al mundo en agosto de 1860 apaciguada la época del Sitio y creándose ya la fisonomía de la "Plaza de la Independencia" cuyo mercado central y restos de muralla iban volviéndose ruina.

La familia ocupaba el piso primero, sombreado por la galería. Con un cierto sentimiento de tristeza y vergüenza pero comprendiendo que mirábamos los últimos vestigios de la casa del admirable poeta, pasábamos frecuentemente por la esquina de la Plaza observando etapas de demolición. Fue un recogido peregrinaje. De la airosa edificación fueron cayendo poco a poco los trozos que dejaban al descubierto preciosos efectos de luz y sombra. En equilibrio, los obreros clavaban sus picos en los muros que se desplomaban acompasadamente con nubecillas de luz y sombra. En equilibrio, los obreros clavaban sus picos en los muros que se desplomaban acompasadamente con nubecillas de polvo; abiertas para siempre ventanas y puertas, colando vientos las barandillas de hierro, se descubrían al sol los muros interiores. Y las diferentes armazones descarnadas proyectaban sus líneas sobre paredes irregulares de delicado verde, amarillo empalmeado, azules celestes, malvas tenues...

En la galería de color pardo, sostenida aún por sus arcos y columnas dóricas, quedaba la marca blanquecina de la placa testimonial ya quitada del lugar. Un semiarco descubría la perspectiva abovedada de reflejos verdosos o de cielos recortados. El polvillo del derrumbe empavonaba los herrajes de los balconcillos del primer piso destacándolos simbólicamente. Por ellos se habrían asomado a descubrir su horizonte pueril, los personajes paseantes, los merca-

deres, los muros de la vieja fortaleza vecina, los embates juguetones del pampero aquella criatura que cargada de ironía y de spleen brillara años después en el París simbolista y surrealista.

Volvimos una vez más y tuvimos la suerte de encontrar al señor Guillespie quien, aún tocado con su casco protector, nos hizo penetrar en el recinto cercado por tabloncillos, chapas, lonas. Abandonado en el basamento de una columna un busto carcomido recibía un chorro de luz. Era una de las estatuillas que se hallaron en el sótano, semi-enterrada en la suciedad, la húmeda capa de polvo de aquellas bocas que se abrían bajo nuestros pies; atravesamos parte de los sótanos sobre cimbreantes tabloncillos de madera. Se veían allá abajo arcos de medio punto y arcadas de maciza solidez. Nos recordaron aquellas finas acuarelas que el dibujante italiano Pisani dejara del viejo mercado. Los sótanos, afirmando su esqueleto en cal y tierra romana, sostuvieron por mucho más de siglo y medio un edificio de cinco pisos, ochenta habitaciones y dependencias, el todo construido sobre armazón de madera. Seguramente, era éste uno de los más antiguos edificios de tal altura y así sostenido que podía exhibir Montevideo; si bien la madera estaba carcomida en algunas partes no se halló en las paredes, a pesar de las refacciones hechas en distintas oportunidades, el mínimo vestigio de resquebrajamiento.

Subimos hasta el piso de los Laforgue momentos antes de que lo invadiera el alud de los pisos superiores a medias echados abajo. Silenciosamente, anduvimos por las



El edificio y el lugar que nos ocupa particularmente, visto desde la calle Juncal.

grandes habitaciones cuyos bajos balcones se abrían a la plaza. Al fondo, el corredor-cito de barandilla se asomaba a un patio cuadrangular. Se dice y no se dice que muchísimos años atrás existía allí un aljibe de primorosa fabricación, pues su brocal había sido tallado en un solo bloque de mármol.

Subimos y bajamos por una escalera pequeña que como todo el resto del lugar tenía dificultado el paso por cascotes, mampostería y el polvo que se espesa en el aire y molesta al vecindario... Dentro de los muros tratamos de retrotraernos al Montevideo de siglo atrás, de ir hasta aquel frío agosto en que naciera Jules Laforgue. O de arrasarlo a fuerza de imaginación la fisonomía de la ciudad actual; acallar ruidos y mecánica, bajar muros, apagar luces, abrir el aire, armar bastiones y trajar a las gentes con sus modas pretéritas. Iba Jules con sus primos Milhas o su abuelo Lacolley por las callejas, los circos y tirovivos, las casacaquinta del Prado o las casonas de la Unión. Lo recordará siempre con un sabor a infancia perdida en lejanías luminosas, en una tierra que le parece una imagen de Epinal. Acaso por eso diga con la voz de Pierrot: "Tengo el corazón triste como un farolillo de feria". No se llamó "le montevidéen" como Lautréamont pero, en cambio, se sabe de la nostalgia velada de sarcasmo con que rememoraba sus cortos años vividos en el deslumbramiento y el encanto de esta ciudad apenas surgida a la actividad, todavía humeante de heroísmos, aquella "nouvelle Troie" que Alejandro Dumas nos describe dominada por dos montañas: el Cerro y la Catedral, "Leviatán que hiende la ola de casas".

Días después volvemos. Todavía se mantiene la fachada y la columnata pero, mirada desde Juncal, por el camino que Charles y sus hijos hicieran millares de veces del liceo a la plaza, el hogar del poeta ha sido como segado. Por este flanco, la enorme casa abre a los fosos de las nuevas cimentaciones linderas una especie de armazón primaria de asientos de granito. Contra el cielo, muy alto, los obreros recortan estampas funambulescas o crean una estatuaría circense. Dos ancianas están detenidas a nuestro lado y una de ellas comenta: "Ya no queda nada de mi casa". Hablamos de la fugacidad del tiempo o del hombre? Nos cuenta que, en 1902, era una recién casada feliz que ocupaba uno de los pisos del inmueble donde alquilaban familias de respetables empleados del centro. Nos corrobora datos, nos da detalles de su época, nos revive la faz de un Montevideo intermedio entre el de Laforgue y el nuestro. Nos alcanza ya sobre el crepúsculo un tono de melancolías. Parece que Laforgue nos murmurara los versos de su "Marcha Fúnebre": "El hambre, la sed, el alcohol, diez mij enfermedades! / Ah qué drama vivieron estas ya frías cenizas! / Pero duerme, todo ha terminado, duerme para siempre."

Rolinda IPUCHE RIVA
Fotografías del autor.

(Especial para EL DIA.)



Fotografía tomada poco antes de derrumbarse el piso de los Laforgue.



Catedráticos, estudiantes, músicos, periodistas, poetas y pintores se mezclan con el pueblo humilde de Loíza para arrojar al río la balsa cubierta de flores. Obsérvese la actitud de recogimiento y unión de los negros que contemplan la emotiva ceremonia.

tica se afirma como uno de los valores decisivos de Puerto Rico; otro tanto puede decirse de Luis Hernández Aquino, que añade la novela a sus perfiles de intelectual de alcurnia. Participaron o adhirieron —poetas, prosistas, críticos, novelistas, periodistas—, Margot Arce de Vázquez, ensayista de alto vuelo; F. Manrique Cabrera, de sólida cultura; Laura Gallegos; Francisco Matos Paoli; el introspectivo Samuel Lugo; Monteagudo; Félix Franco Oppenheimer; Fráquiz; María Teresa Babín que envió desde los Estados Unidos grabado su mensaje; Cesáreo Rosa-Nieves; Siaca Rivera; el Prof. J. A. Torres Morales; Zapata Acosta; Torres Mazzorana; el polémico Gustavo Palés Matos; María Teresa Picó, Presidenta de la Unión de Mujeres Americanas; Isabel Cuchi Coll, avezada periodista; y Carmelina Vizcarrondo, delicada cultora de la literatura para niños, como Carmen Alicia Cadilla de Ruibal y Ester Feliciano Mendoza, que han sobresalido en ese género de difícil acierto que es la poesía infantil. Y don Tomás Blanco, gran señor y maestro del estilo. En la imposibilidad de mencionar a todos y aun a riesgo de omitir otros nombres igualmente importantes, ¿cómo olvidar a Francisco Arriví y a René Marqués, que se han impuesto como dramaturgos con un éxito que ha salido de las fronteras nacionales? ¿O a la sericita y dulce Elsa Josefina Tió, precoz poetisa-niña de excepcionales dotes para sus escasos ocho años? Allí, Nilita Vientós Gastón, dinámica, explosiva, todo un carácter, con quien nos unía relación epistolar de mucho tiempo atrás, de una valiente independencia de juicio, eje y nervio de "Asomante", su revista bienafamada, y Presidenta del Ateneo, institución de arraigada solvencia cultural. No vimos a Clara Lair, que ya vive en voluntario retraimiento, pero su consular gravitación en la poética femenina de Puerto Rico nos la hacía sentir presente en todos estos actos.

Era la vida y obra de Julia de Burgos, el

CRONICAS ANDARIEGAS

CUANDO LA POESIA VA A UN CONGRESO

PARECE difícil someter lo poético al recinto generalmente grave y protocolar de un congreso, siendo la sustancia lírica, por sí misma, imponderable, diáfana, versátil, esencia subjetiva en perpetua evasión de la realidad.

Sin embargo, asistimos a un Congreso de Poesía, en Puerto Rico, y la Poesía, presente y protagonista, acudió puntual a la cita.

Estos congresos poéticos de la Isla, tienen ya su historia propia. Desde 1957, puesto el primero bajo el patrocinio de una memoria ilustre, la de Juan Ramón Jiménez, se han realizado cada año, dedicados a poetas fallecidos: a José Gautier Benites, en 1958; a Luis Muñoz Rivera, en 1959; a Julia de Burgos, en 1960; y se anuncia el de 1961 en recuerdo de Luis Palés Matos, sobre cuyo sepulcro pusimos flores en nombre de los opetas uruguayos.

El IV Congreso al que concurrimos, significó una sorpresiva experiencia. Que aún la Poesía, en un rincón del mundo, pueda asumir rango tal; pueda vibrar con eternizada resonancia; pueda concitar entusiasmos de alcance colectivo "en estos pueblos de anhelo y brega, en estos pueblos nuestros sedientos", para usar la frase expresiva de Alfonso Reyes, es un consuelo para tantos descreídos que en ocasiones hasta llegamos a negar y renegar de su llamamiento, en horas de crisis y de dudas, que hacen sentir al poeta mal ubicado, desplazado, poco práctico, "inactual"... Allí sentimos que la Poesía es el estado de gracia que deja entrar en el alma la brasa celeste que a cada cual asigna lo divino. ¿Cómo resumir sus dos jornadas, inaugurada la primera por el Presidente del IV Congreso, el distinguido poeta Francisco Lluch Mora; y presidida por nosotros la última, halagadora deferencia en la que preferimos ver el homenaje de los poetas de Puerto Rico a sus colegas del Uruguay, en la persona de aquella invitada con la cual ampliaron la irradiación de esos cónclaves hasta entonces limitados a escritores de la Isla, abriéndose desde ahora a la perspectiva de convertirlos en congresos internacionales, cómo resumirlos sin reducir su ámbito?

La primera jornada se inició en Carolina, pueblo natal de Julia de Burgos, y concluyó a orillas del Río Grande de Loíza. La se-

gunda jornada cumplida en el prestigioso Ateneo de San Juan, tuvo el epílogo sentimental de un recorrido melancólico por el Cementerio Viejo, en busca de la tumba de Pedro Salinas, que ahí yace bajo una losa que sólo ostenta su nombre y una fecha, frente al mar que cantara en "El Contemplado", el mar que lo separaba de su España lejana; la de José Gautier Benites, abanderado del Romanticismo; y la de José de Diego, que ya anunciaba el Modernismo. Nos llamó la atención, junto a la tumba de este último, una lápida a ras de tierra con una inscripción que dice: "Vivo o muerto, siempre a tu lado - Juan León". Es el testimonio entrañable de un discípulo que en rasgo de conmovedora fidelidad, pidió ser enterrado junto al maestro.

Es difícil narrar los momentos culminantes del Congreso, pues varios actos son los que merecerían comentario aparte. Allí estaban las principales figuras contemporáneas; la Directiva agrupaba escritores como el citado Lluch Mora; el gran novelista Enrique A. Laguerre; la valiosa Nimia Vicens de Madrazo, que fue el alma diligente y sostenedora de estas jornadas; intelectuales de tanto relieve como Salvador Tió y Teresina Salgado, como el anciano don José Alegría, como Jorge Pastor, Juan Bautista Pagán, y M. Joglar Cacho, poeta de sensible temperamento, y Jorge Luis Morales, también poeta y crítico de mérito; y la eminentísima Concha Meléndez, ensayista de envergadura continental. Allí escuchamos a excelentes recitadores: Piri Fernández de Lewis, J. Torres Martinó, la dominicana Maricusa Ornes, Iris Martínez, Lilliane Pérez Marchand. Allí vimos levantarse como una bandera unánime el nombre de Juana de Ibarbourou, a quien se profesa una admiración indiscutida y genuina, y a quien la asamblea tributó una prolongada ovación al leerse el mensaje que enviara a los escritores de Puerto Rico. Allí fue oír la palabra autorizada del Dr. Antonio J. Coloredo y del amigo Josémilio González —"mi corazón es barco de coplas en el viento"— que en la poesía y en la crí-

motivo fundamental de recordación del IV Congreso de Poesía. Llegamos a su patria conociendo de ella apenas unos poemas dispersos; y en verdad, poco se conoce en el Río de la Plata a esta mujer puertorriqueña de existencia trágica, y talento de elegida. Poesía tremenda, vehemente, humana, cósmica y dolorosa, fue la suya exponente vital de una agonía interior que se signó con el corolario triste de su muerte solitaria en una calle neoyorkina, cadáver anónimo, que unos años más tarde, identificado, fue conducido a la tierra natal. Su larga residencia bohemia, en los Estados Unidos, no desdibujó en ella el amor hacia su patria. Y es célebre su canto al Río Grande de Loíza, que serpentea hacia la costa noreste del país y se arroja al Atlántico. A orillas de dicho río, se realizó la ceremonia que queremos recordar. Porque salteamos muchos detalles y sacrificamos muchos nombres amigos, para no pecar de prolijidad en un relato que puede volverse mero inventario. Pero de todos los actos, de todos los discursos, de todos los poemas gustados en aquellos días luminosos del Congreso, separamos un episodio que clausuró la primera jornada, para revivirlo con intacta emoción.

En Loíza Aldea, localidad que agrupa en su mayoría población negra —que es contrariamente a lo que se cree, minoritaria en el mapa étnico de la Isla—, está la Iglesia de San Patricio, varias veces secular, humilde, pequeña, recoleta. Frente al altar mayor, rematado por la imagen benévola del santo irlandés, al que miramos con ancestral simpatía, el admirable coro de la Universidad de Puerto Rico, dirigido por el Prof. Augusto Rodríguez, entonó piezas de música sacra tan maravillosamente, que alcanzó alturas estremecedoras, y corría entre los circunstantes el escalofrío de las grandes cosas inexpressables pero intensamente compartidas. Terminada la ofrenda musical, el público salió del templo y se encaminó por una larga avenida bordeada de palmas altísimas que por encima de las cabezas inclinaban las copas cerrándonos el

RECUERDE U.D.

El Hogar



CLINICA DENTAL YAGUARON

PROTESIS INMEDIATA
TODOS LOS DIAS DE
8 a 21 HORAS.

HORARIO CONTINUADO

Yaguaron 1533

(A mitad de cuadra)

CASI PAYSANDU



cielo como una techumbre movediza, hacia el Río Grande de Loíza. Era una muchedumbre silenciosa, a la que se habían incorporado los negros del lugar, para quienes Julia de Burgos seguía siendo un ídolo; muchedumbre que caminaba lentamente detrás de unas andas llevadas en hombros, cubiertas de flores. Imponía la solemnidad del momento, la belleza dolorosa a fuer de bella de la naturaleza, la soledad acongojante que cada cual sentía dentro de sí mismo pese a la mucha gente, el fervor popular, el cielo que perdía gradualmente su azul milagroso para mostrar las medias tintas del crepúsculo. Y había recogimiento en todas las almas.

Junto a la orilla, el ancón fue bajado suavemente hasta rozar el agua. El poeta Juan Antonio Corretjer, virilmente conmovido, soltó en el aire palabras elocuentes como si disparara flechas hacia lo alto; y la balsa florecida comenzó a deslizarse arrastrada por la corriente. "Ella se fue, ¡oh mi río!, cómo trino cerrado: / la siguieron mil pájaros recogiendo sus huellas. / Su capricho de rara soledad en mí tuvo / lluvias hondas, en pueblos de emociones inéditas. / Oh mi río! ¡Oh mi llanto! Vuestras aguas crecidas / se estarán encontrando en un mar de tragedia!" Repetíamos los versos de Julia de Burgos, cuyo humanitario espíritu la llevó a proteger a los pobres y desamparados, advirtiéndoles en aquella gente de color, una adoración casi supersticiosa; y el misticismo iletrado de esos negros reverentes, nos decía con su evidencia, que Julia de Burgos sigue viviendo en el corazón de los hombres anónimos cuya causa abrazó noblemente.

Avanzaba la noche. Los palmares se erguían como siluetas negras sobre un cielo con luna y con estrellas, y todo se había impregnado de un hálito alucinante, sobrecogedor. Despacio, a desgano, emprendimos el regreso. Pero a cada paso nos demorábamos para seguir con la vista, la balsa que se iba alejando, espectral y poética. Y en la brisa cálida parecía oírse la voz ya extinguida: "Que nadie me profane la muerte con sollozos, / ni me arrojen por siempre con inocente tierra; / que en el libre momento me dejen libremente / disponer de la única libertad del planeta".

Nos detuvo un hombre. En la oscuridad creciente, no pudimos verle el rostro. Pero entreabrióse la camisa y sacó un gajo caído de las flores votivas, que había guardado junto a su pecho. Casi llorando nos lo puso en las manos, como el homenaje más expresivo que pudo darse a la escritora que vino de lejos para invocar el recuerdo de la puertorriqueña. Gesto espontáneo, oscuro, ¿cómo decir cuánto vales y cómo te grabaste en nuestro sentimiento? Era verdad. Un hombre del pueblo que en un camino del trópico nos daba una flor bajo los astros... Inolvidable. De pronto, algo más se sumó a aquel ocaso expectante y sobrenatural: una rueda de negros golpeando sus tambores, agravaban la irrealidad de la hora. "Es la danza de tumba", nos dijo alguien. Se trata del momento en que se entierran los cocos en la arena para secar la envoltura fibrosa que los recubre. Después, hallamos el motivo en un rítmico, jadeante poema del respetado José Evaristo Ribera Chevremont: "Tumba los cocos, negro; tumba los cocos. / Túmbalos, túmbalos, túmbalos, negro. / Tumba los cocos, tumba los cocos. / Verdes por fuera, blancos por dentro. / Dulce es la pulpa del coco de agua. / Dulce es el agua del coco, negro." / "Tumba los cocos, negro; tumba los cocos. / Túmbalos, túmbalos, túmbalos, negro. / Tumba los cocos que estás tumbando. / Tumba los cocos que tumbas, negro. / Dulce es el coco que estás tumbando. / Dulce es el coco que tumbas, negro." Un relente primitivo, una cadencia africana, brotaba del son frenético, y el tamborileo rubricaba con su tam-tam electrificante el rumor asordado de los pasos de la gente, sendero de vuelta, mientras por última vez miramos la balsa, que ya desaparecía en un recodo del río.

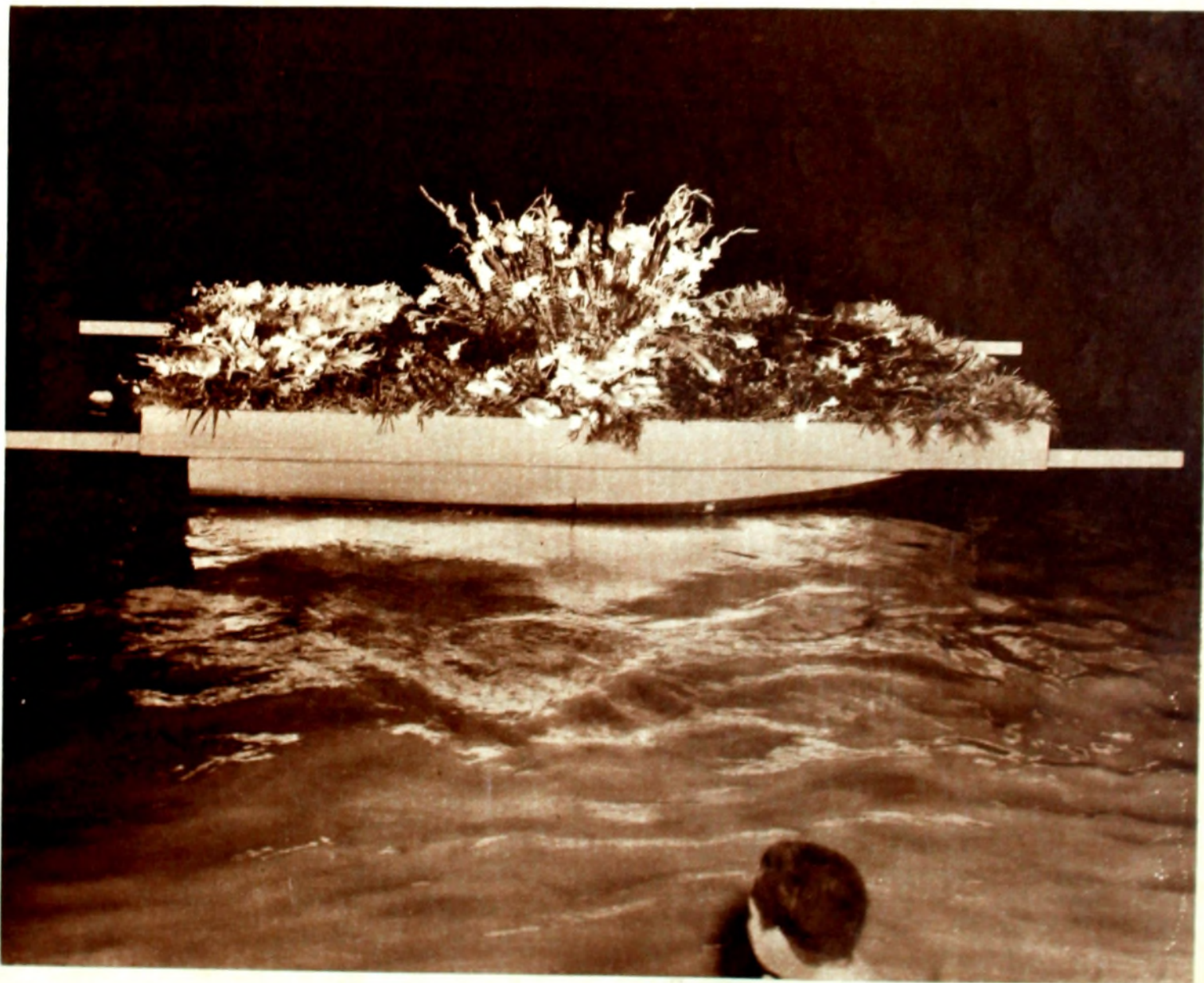
Y llegados de nuevo a la plazuela de Loíza, aun confundido el ánimo por la vertiginosidad de tantas impresiones inéditas, por el prodigio majestuoso del horizonte, por la brujería tropical del escenario, como si se tratara de una alegoría, vimos que se cerraba la puerta y oímos tañer la campana de la iglesia vieja, derramando dulzura y serenidad sobre la noche.

Dora Isella RUSSELL

(Especial para EL DIA)



Con expresión atenta, el Coro de la Universidad de Puerto Rico, dirigido magistralmente por el Prof. Augusto Rodríguez, entonó piezas de música sacra, en la secular iglesia de San Patricio, en Loíza Aldea.



Balsa de flores silvestres arrojada al Río Grande de Loíza, ofrenda de los anconeros del lugar a la memoria de la poetisa Julia de Burgos.



UN DIBUJANTE

LOURDES reservaba la sorpresa de una exposición fuertemente española: la del dibujante Nicomedes Gómez, de Cartagena trasplantado a Pau en los Bajos Pirineos de Francia. El tema único de esta exposición, DON QUIJOTE.

No voy a historiar las vicisitudes históricas de la magnífica exposición "quijotesca", pues son muchísimas y variadas, todas bajo el signo del triunfo para su autor. Simplemente quiero señalar el hecho digno de los de que un español de ahora, alejado de su patria circunstancialmente, ata más firmes aún, si cabe, los lazos que le unen al solar patrio por medio del maravilloso loco insigne que nos caracteriza en la misma medida que Sancho.

(Bueno será, sin duda, resaltar aquí que DON QUIJOTE fue posible en su tiempo por fuerza de determinadas circunstancias, las cuales obligaron a Cervantes a transpor-

tar sus quejas de que fingía locura. blemente, resaltar que ahora aman a presión de un aln hacen casi en las que fue creada y e

Nicomedes Gómez nica asombrosamente demasiado perfecto honrado, lleno de goza su obra llega Y esta evidencia rente no poder ir concierta un tanto sin que se lo ap ha echado a buso titula "esotéricos" menos arte que p social y metafísica pone al servicio de



92 ESPAÑOL EN LOURDES

...a un plano
...es, indiscuti-
...que los hombres
...jote como ex-
...de justicia lo
...condiciones en
...su figura).
...oño de una téc-
...na; se diría que
...lismo limpio,
...temas, de que
...se obsesionante.
...idad, de un apa-
...es lo que des-
...artista; el cual,
...n absoluto, se
...temas (que él
...era entraña hay
...ones de índole
...rte, cuando se
...ocupación — sea

de la índole que sea — deja de ser arte puro y adquiere una fisonomía ajena totalmente a Don Quijote!

Pero este *Don Quijote*, este *Sancho*, estos personajes todos del mundo cervantino recreado por Nicomedes Gómez, son de tan firme contextura que resisten, y ganan la batalla — una batalla más que gana Don Quijote — que se entabla en la exposición que citamos, entre las magníficas, espléndidas, poderosas ilustraciones al universo cervantino, y los otros cuadros del dibujante en funciones de pintor con obsesivas ideas reiterativas que realzan aún más a Don Quijote: al auténtico y al que ha visto con buenos ojos el dibujante cartagenero.

Maestros, alumnos, extraños y propios pasan por esta exposición de Lourdes, a unos centenares de metros de la Gruta alucinante, dejándole a España, la eterna España inmortal e insobornable, su home-

naje. Don Quijote, otra vez, por obra de un español que ha sabido comprenderlo, salió de aventuras. Nosotras, viajeras de los Bajos Pirineos, nos alegramos de verle, porque siempre es sano encontrarse fuera de casa con los viejos amigos que nos ayudaron a abrir los ojos a la luz de la inteligencia. Raro resultaba en verdad hallarse con Don Quijote donde nos le hallamos. Y sólo porque conocíamos de viejo al autor de la exposición accedimos a visitarla, seguros de que no nos defraudaría el encuentro con Sancho y su señor.

Un voto de gracias merece de los compatriotas este gran dibujante que es Nicomedes Gómez, empeñado en españolísima tarea de dar en buen español, que no traducido, el Quijote de tantas interpretaciones y de tan honda raigambre hispánica.

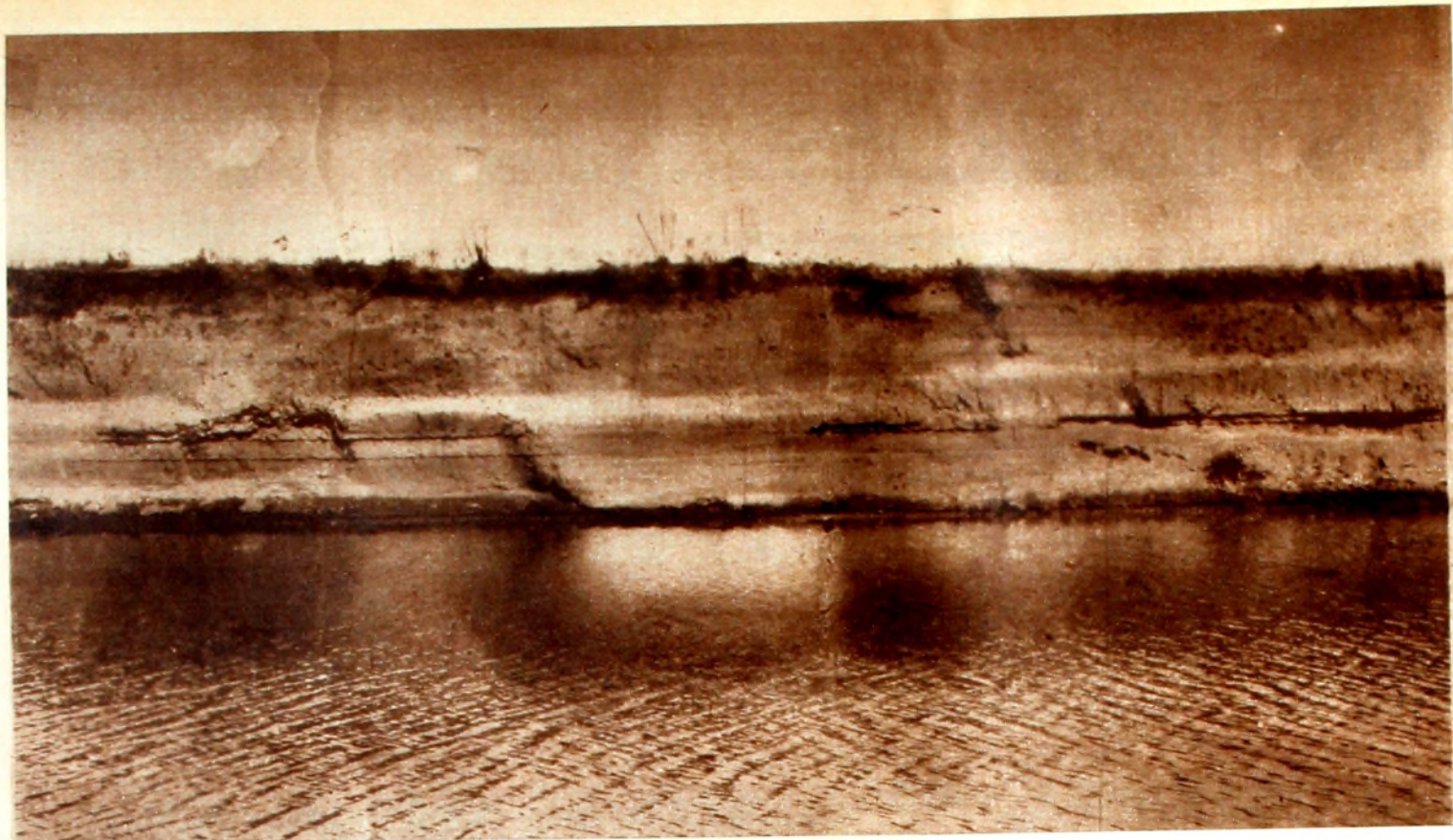
Carmen CONDE

(Especial para EL DÍA)



Nicomedes Gómez, dibujante recreador del quijotesco mundo cervantino.





Loess pampeano, cortado por el brazo de Aparicio, aguas abajo de San Ramón.

CASI las dos terceras partes del territorio nacional son recorridas por corrientes fluviales que de un modo directo o indirecto entregan su tributo al poderoso río Uruguay, que margina al país por el Oeste en una longitud de casi quinientos kilómetros. La Cuchilla Grande separa esa extensa cuenca, de la correspondiente a la Laguna Merín, ubicada al Este del territorio. Finalmente, en forma directa corren hacia el

Plata numerosas corrientes fluviales, cada una con su cuenca propia, destacándose entre ellas por su área la del río Santa Lucía, ya que ella abarca casi 13.500 kilómetros cuadrados; en lo que respecta a los tributarios directos del Atlántico, vinculados con lagunas litorales, sólo anotaremos aquí que carecen de entidad.

El Santa Lucía tiene una cuenca relativamente bien definida no sólo desde el

punto de vista geomorfológico, sino también del geológico: parte de su curso y de su red de tributarios, se desarrollan sobre terrenos más jóvenes que los constituyentes del macizo cristalino brasilico o basamento cristalino, comprendiendo rocas cuyo origen se remonta en el caso de los integrantes de la serie de Minas o de Lavalleja a la era pretorozoica, pero aflorando también en la superficie rocas efusivas probablemente más modernas, así como estratos mesozoicos, abarcando un área bastante apreciable las capas más modernas terciarias y cuaternarias. El macizo brasilico (arqueozoico) asoma en la periferia de la cuenca hacia el Norte y el Este, pero sus afloramientos reaparecen también en la zona limítrofe entre los departamentos de Montevideo y de Canelones, formando incluso una pequeña isla cristalina junto al río, en el lugar donde se halla ubicado el pueblo de Santiago Vázquez. Parecería como si el lugar donde se halla la ciudad de Montevideo, y donde se encuentran las localidades de Las Piedras, La Paz y Soca, correspondiera a una península cristalina, de afloramientos algo discontinuos, que al Oeste de Punta Espinillo se sumerge bajo las aguas platenses, y la que probablemente está marginada por series de fallas, hasta configurar tal vez un "horst" alargado, pero bastante irregular. Efectivamente, las perforaciones realizadas en las zonas de Sauce y de San Jacinto, asignan a los estratos marginales un espesor de casi dos kilómetros, y el fondo platense tiene al pa-

EL RIO SANTA LUCIA:

1 - BREVE HISTORIA GEOLOGICA



Brazo que el río tiende a abandonar al nacer una isla arenosa fijada por sauce criollo.

recer hacia el Banco Ortiz depósitos que totalizan espesores considerables.

Afloramientos cretácicos aparecen en los bordes de la Cuchilla Grande del Sur, y se supone que son los mismos que rellenan la fosa intercalada entre el cristalino dislocado; aparecen junto al río Santa Lucía en el llamado Puerto Jackson (Parador Tajés), elevándose allí en forma de cerrillo, del que se puede abarcar una vista espléndida del valle del río y su monte marginal. En la cuenca del arroyo Canelón, surgen a la superficie como material muy ferrificado dando lugar a las llamadas areniscas del Palacio (correspondientes tal vez a antiguos materiales lateríticos, indicio de una remota tropicalidad). Con tales areniscas se han mejorado caminos y calles junto al parque de la ciudad de Canelones. Sabido es que este material se vincula con las capas más recientes del cretáceo uruguayo, las cuales encierran restos fósiles de dinosaurios; algunos de los huesos hallados dan idea del tamaño gigantesco que tenían esos saurios del pasado. Es posible que en dirección hacia el Oeste, los estratos cretácicos se hayan hundido paulatinamente; pero buena parte de ellos fue afectada por un ciclo de erosión fluvial, que insinuó el valle a lo largo del cual corre actualmente



Puerto Las Tunas, alzándose en medio de una zona anegadiza del curso interior. (Foto Rodríguez Badetto).

más joven y atractiva

con la
Nueva línea...

WARNER'S®

creada para lucir
MAS ELEGANTE

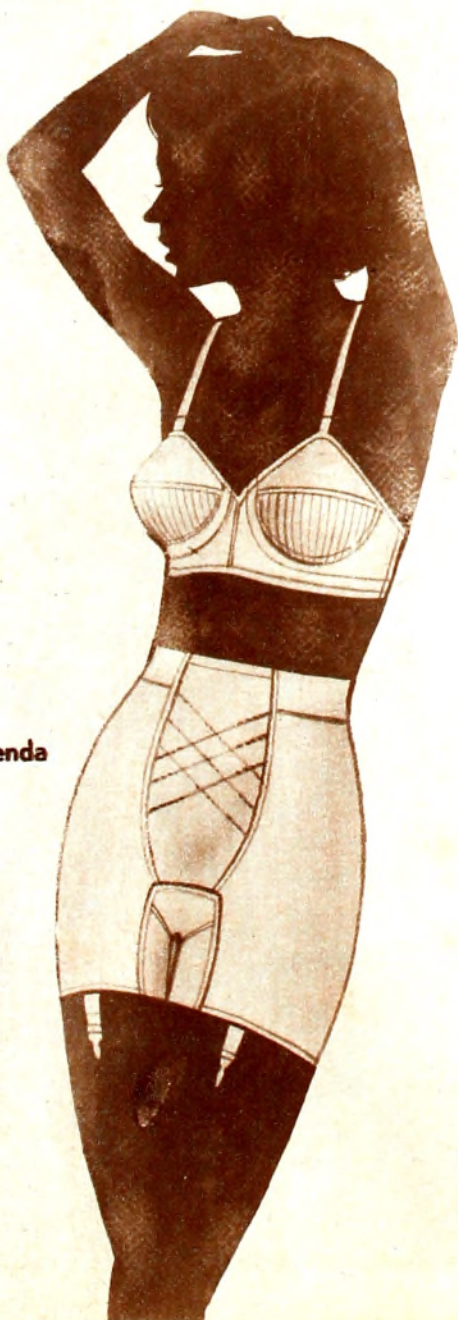
sus variadísimos modelos diseñados
COMO DE MEDIDA
armonizan en cada tipo de SILUETA

INTIMO PLACER logrado en cada prenda
con la calidad de los finísimos
MATERIALES IMPORTADOS

más ágil, más cómoda con silueta

WARNER'S®

SOUTIENS • FAJAS • CORSELETES



PUBLICA Internacional

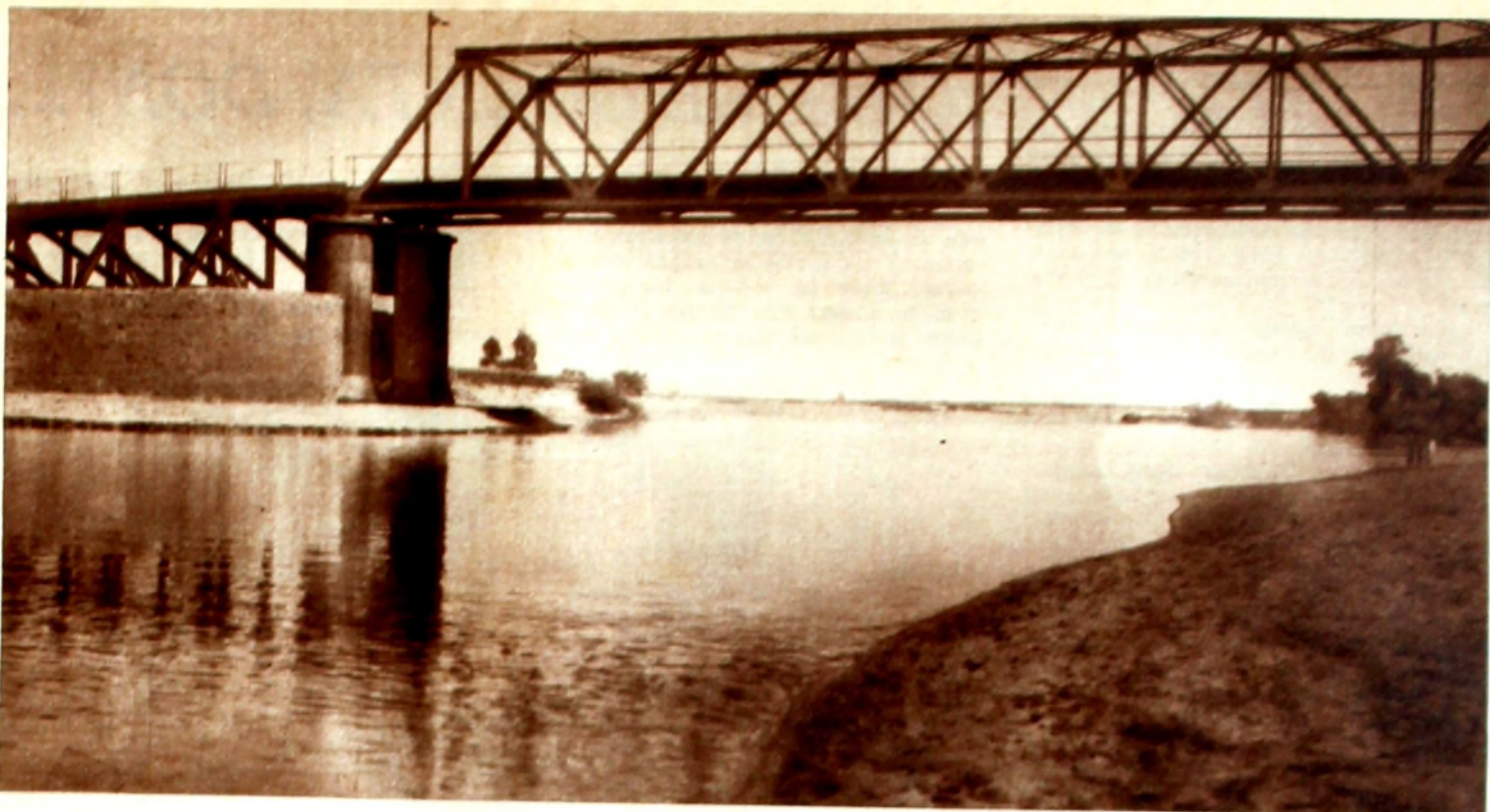
... Santa Lucía. Posteriormente, y tal vez en un clima árido se depositaron los limos calcáreos y finalmente arenosos de Fray Bentos, comenzando posteriormente un régimen más favorable, con depósitos fluviales o estuáricos de materiales arcillosos, limosos y gravas (plioceno); es posible que ya en esa época un río importante corría por el valle ocupado hoy por el Santa Lucía, el que tal vez no hacía una inflexión brusca hacia el Sur y Sudeste, como ocurre con el río actual, y desaguaba en una bahía bastante amplia, frente a la cual se formó una barra, que emergió al procesarse un movimiento que dio origen a la regresión querandina del cuaternario. Pero antes que ocurrieran estos hechos, y bajo un régimen climático que fluctuó de acuerdo con la sucesión de las glaciaciones e interglaciaciones patagónicas, se produjeron sedimentaciones de limo pampeano (el que debe ser llamado loess cuando se tiene seguridad de que es de origen eólico) y procesos erosivos, estos últimos correlacionados con los periodos pluviales que acompañaron a las épocas de glaciación del extremo sur del continente. Las lumaquelas o conchamientos fosilíferos del enterriano (terciario) se hallan a la altura del actual nivel del río en la zona de Las Brujas; esto indicaría que frente a yacimientos similares de Punta Gorda y de otros puntos del litoral de Colonia, se hallan más bajos, posiblemente por haber descendido posteriormente a su elevación. Los depósitos subterráneos fosilíferos del querandino aparecen cerca de Montevideo y Santiago Vázquez, y en diversos puntos del curso interior del río elevados algunos metros sobre el actual nivel del Río de la Plata. Cuando tales depósitos fueron emergiendo, también surgió la barra que obturó la bahía donde desaguaba el antiguo Santa Lucía, la cual se fue colmando posteriormente por los depósitos estuáricos, entre ellos el propio slikke, que ocurre en las bahías barrosas que fluctúan con la marea del Santa Lucía y que corren entre juncos, y las arenas depositadas en las crecientes que favorecen la creación del schorre (tierra firme), y la acumulación de restos vegetales en los bañados, la que da origen a depósitos turbosos. La vieja bahía, reducida hoy al curso final del río y sus esteros anegadizos, se rellena cada vez más. Hoy aparece marginada por una barranca casi continua, que del lado de San José parte del Rincón de la Bolsa, se acerca al río en el puerto de Las Tunas, corta la carretera de Montevideo a Colonia, cerca del kilómetro 37 (donde se halla el establecimiento industrial de Cerámicas del Sur) y luego se dirige a Buschental (donde fueron indicados depósitos subfosilíferos querandinos). En la margen izquierda del río, la barranca deja lugar con frecuencia a los remanentes resistentes del cretáceo y a los limos de Fray Bentos, constituyendo estos últimos un frente espectacular en torno de la planicie emergida del arroyo Colorado y en torno de los bañados de Melilla y de La Barra. Las instalaciones del Parque Zoológico de Lecocq, se hallan sobre tales estratos, los cuales se hallan en parte recubiertos por margas cuaternarias blanquecinas o verdosas que corresponden al montevidense de Kraglievich.

Algunos kilómetros después de Aguas Corrientes, donde aflora la arenisca del Palacio, el Santa Lucía penetra en los dominios de la antigua bahía platense, convertida en planicie, después de la regresión querandina. En la margen izquierda, la mole cretácea del Parador Tajés, y las barrancas de limos calcáreos de Melilla y La Barra, indican la antigua costa, de un Río de la Plata que nada tenía de estuario, y sí de amplio golfo que se adentraba mucho en el territorio argentino. En los bañados recientes de dicha planicie, los juncos y diversas plantas hidrófilas, colaboran en la obra de "colmataje". Pero el movimiento regresivo tuvo además como consecuencia, un encajonamiento progresivo del río en sus antiguas terrazas y en las capas de limo pampeano y de otros terrenos modernos. Por otra parte, en tiempos recientes, el río ha sufrido divagaciones, como la que se observa aguas abajo de San Ramón, o ha abandonado parte de sus bucles, dejando lagunas alargadas, frecuentes en la zona de Aguas Corrientes. Sobre estos hechos insistiremos en un próximo artículo.

Jorge CHEBATAROFF.

Fotografías del autor.

(Especial para EL DIA).



Puente de Paso Pache, amenazado a veces por la tendencia del río a la divagación.



El Santa Lucía aguas abajo del Paso Pache, con la ribera cóncava de loess pampeano abarrancada.



El Santa Lucía, todavía arroyo turbulento, pasando entre las moles riolíticas de los Cerros Cuervo y Arequita.

LEGADOS con los rieles al "TRES CRUCES" armamos campamento provisorio en medio de un paisaje riente. A orillas del arroyo emergían las cabelleras desmayadas de unos sauces. Este hacía un recodo en el que se formaba un remanso. Allí flotaban camalotes y aunque el agua no era profunda no faltaba algún hambriento "Martín Pescador" que picara como una saeta remontándose con una mojarrita en el pico ávido.

—Esa tarde misma llegó un paisano a caballo que me dijo: —Soy Tiburcio Sosa, pá servilo... Mi rancho está cerca... Agregó que era dueño de unas cuadritas pero muy pobre, estaba solo y tenía dos perros bravísimos.

Lo observé atentamente. Tenía la cabellera canosa, las cejas espesas, unos ojitos de expresión dulzona y unos bigotes abundantes de puntas caídas. Llevaba bombachas porteñas y calzaba botas viejitas. El apero era de lo mejor, con cabezal de plata y las estribas de hierro firuleteado.

Le oferté un mate, atención que agradeció diciendo que así le gustaban las cosas, que yo debía ser muy gaucho a pesar de mi "parecido a gringo" y que si alguna vez andaba necesitado de un pedazo de tumba sólo tenía que arrimarme a "los ranchos". Le retruqué garantizándole ser más criollo que el ombú, era ingeniero del Gobierno y que la música que oía no provenía de una vitrola, sino de una radio portátil. Luego del intercambio de impresiones don Tiburcio me tendió la mano de cuya muñeca colgaba imponente talero:

—Me gusta el mocito — expresó con la habitual crudeza gaucha. — Ya sabe, lo espero de visita por las casas... — En seguida taloneó rudamente los flancos del matungo alejándose silbando una tonada de su cosecha.

Dejé transcurrir una semana y ese domingo, de tardcecita, encaminé los pasos hacia la querencia de don Sosa, que no estaba lejos, pero tampoco muy cerca. Hubo necesidad de atrevesar interminable flechilla y después trepar las faldas de una cuchilla a tropezones con las piedras llevando sobre la cabeza el vuelo rasante de los teros alar madísimos. Por fin y al cumpiar los lomos descubrí el rancho del paisano que parecía aplastado contra el valle, rodeado de una huerta de pequeñez japonesa y protegido por el bullón verdoso de unas cinasinas. Los perros me ventearon y en seguida oí el vozarrón de don Tiburcio sujetándolos en la arremetida rabiosa.

¿QUE ME CUENTA, DON?...

Me recibí sentado en un banco petiso, saludando con brusco sombrero. Tenía al lado un fogoncito apenas con alumbre y recostada a las brasas la tiznada caldera de hierro. Sobre las rodillas descansaba un trozo de madera que iba adquiriendo grotescos perfiles de rostro humano bajo la

—Supe estar preso veinte y cinco años, mi amigo y me hizo soltar el doctor Iturbide... — Explicó que en la penitenciaría aprendió a fabricar felpudos, cepillos y tallar la madera.

—Me enseñaron a ler y escribir... Si se me antoja tengo más labia que un abo-



ILUSTRACION DE SIFREDI

acción de la filosa daga que don Tiburcio manejaba con eficacia de artista:

—Abánquese, nomás — indicó señalando un banquito de ceibo. — Por un momento abandonó la labor escultórica para preparar el mate en un vaso esmaltado de boca angosta y color celeste, diciendo que el día anterior me había "relojiado" en mis trabajos de relevamiento, extrañado del aparatito que portaba mi ayudante, parecido a un largavista y que tenía tres patitas. Me apresuré a decirle que era un teodolito, ilustrándolo sobre mis extraños movimientos. Don Sosa replicó que no le gustaban aquellos palitos pintados a franjas blancas y rojas.

—La mocosada di hoy quiere hacer enterever de partidos, y ya no sabe cómo averiguárselas — sentenció. Le manifesté que no sabía lo que estaba diciendo y entonces don Sosa sonrió con picardía explicando que no me preocupara. En seguida me ofertó un mate, agregando, sorprendentemente:

—No haga caso de las ranas porque siempre están muertas de sé... Si por ellas jueviera yovería hasta el fin del mundo... Más bien ponga cuidado en el rejunte de aquella majadita que se va pal rincón del alambrado del vasco Olascoaga... Además los cuscos están panza arriba, rascándose los lomos contra el pasto... — Me confesó a continuación que tenía una viruta encerrada en un frasco.

—Si se estira, señal de güen tiempo, pero en cuanto empieza a enrocarse le juego el apero que se raja a llover... — Dijo que esa madrugada se desencadenaría un gran temporal, cuyos indicios acababa de denunciar y que todo lo había aprendido en la cárcel.

gao... — Intercaló que sabía cocinar y que entendía ley electoral y "otros relamentos".

—No se me asuste, aparcero, — solicitó mansamente. Le aseguré que estaba muy tranquilo de su condición de ex presidiario, que no se preocupara y agregué que hacía mucho, pero mucho tiempo que no disfrutaba de tan grata compañía. Entonces me recordé del revólver puesto al cinto para precaverme del asalto de los perros bravos. Se puso muy contento don Tiburcio y en seguida sermoné que todos los ciudadanos se debían a la ley, que la Constitución era letra sagrada, la escuela una gran cosa y que todo eso se lo enseñaron en el penal, aunque me pareciera mentira.

Se hizo la noche de golpe. Nubarrones violáceos cubrían el ámbito apagando traicionariamente el brillo de las estrellas. Por el lomo de la cuchilla asomaban relumbrones esporádicos y un silencio de asombro iba posesionándose de las lejanías verdosas. Don Tiburcio revolvió la bombilla en el jarrito, vertió agua por la boca y murmuró con sorpresivo acento confidencial:

—Aquí estamos entre orientales, así que puedo contarle porqué me sambuyeron en las guascas... Jué en una noche muy parecida... Pa la sierra firuleteaban los relámpagos... Los teros porfiaban en los bajos y las lechuzas daban volidos cortitos, sin haber ruido hasta conseguir un poste pa' decir: ¡Chuss... chuss!... — Se calló y por un instante concentró la atención en el febril rascado de la madera que tenía en la falda, aunque no se veía nada.

—Malas lenguas andan diciendo que maté a mi hermano Juansito de puro gusto, como quien acusa del visio de despenar, pa'

darle gusto al carcheo... ¡Mienten los sabandijas!... — La voz de don Tiburcio se enronqueció de golpe en un resuello de indignación y volvió a pedir que no me asustara.

—Por eso las gentes me jueyen... me han dejao solito, más temido que una crusera... Aquí me tiene, don ingeniero, tranquilo como gato e almasén... — Valorando en sus dimensiones aquellas seguridades le manifesté que estaba muy contento y para tranquilizarlo le pedí que, si se desencadenaba el temporal, me diera lugar en el rancho. Me respondió que "hiciera, nomás" y prosiguió:

—¡Cosa rara, aparcerio!... La Dolores no se dormía. Andaba por las píasas como la naranja, "de la sala al comedor", asomándose de continuo a la puerta y disiendo:

—El temporal está ahí nomas, Tibursio: tratá de salvar la corderada...

—No li hase — desía yo lo más campante. Eya dijo que si caía piedra no se salvaba ninguno y le respondí que hisiera Dios lo que se le antojara pa' eso tiene el dominio e todo lo habido. — Don Tiburcio explicó en seguida que fue tan grande el enojo que se mandó mudar para el boliche de don Ezequiel González, llamado por mal nombre "El Revirao", porque era bizco y entabló una jugada de truco en yunta con el hijo mayor de los Pérez, conocido por "El Reyuno", porque le faltaba una oreja y se ocupaba del contrabando por la laguna de "Los Patos", como todo el mundo lo sabía, menos la policía. En la ocasión el hijo mayor de los Pérez, le dijo:

—¡Abra los ganchos, mi amigo!... En el pago se murmurea que don Juansito sabe recostarse a su rancho con mucha asiduidá... — Con toda calma agregó don Tiburcio que de un buen planchazo acostó al sinvergüenza sobre la mesa de billar y que en seguida corrió al palenque, desató el cabresto, montó "de salto" y se fue al galope para "las casas".

—En cuantito me aserqué descubrí al malacara de mi hermano pastando a goluntá en el patio y muchas luses por las rendijas — prosiguió don Sosa buscando febrilmente el rostro con la daga. — Los cuscos ladraron desconociéndome... Hasta que en un derrepente se abre la puerta y se sale un bicho a las agatas, dando saltitos mesmamente que el canguro, medio como con yeito pa ganar las cina-cinas al tiempo que la Dolores gritaba:

—¡Cuidao, Tibursio...! ¡E un lobisón. Déjalo dir!... ¡No lo toqués que sos maldito!... — Se interrumpió don Sosa, ganado por la intensidad del recuerdo. Distaído me pidió que no me asustara, que la vida tenía muchas cosas raras y que las "explicaciones científicas sobre los lobisones" le importaban nada. Agregó que inmediatamente peló la "fadiñega" y resueltamente se echó sobre la sombra saltona.

—A punta y hacha — precisó. Por todo lo cual el fantasma de cuatro patas se acostó en el pasto dejándose ir con un quejido muy largo, larguísimo... Después fue al rancho y le aseguró a la Dolores que estuviera tranquila porque el lobisón había sido muerto, por cuyo motivo ya no existían problemas.

—La mujer se puso a gritar como enloquecida, pasándose las manos por la cara con gran espanto — siguió don Tiburcio. — Me enojé y pá librarme del hechizo degollé a los perros... — Me ilustró don Sosa porqué procedió tan bárbaramente, diciendo que los lobisones suelen "adquirir" formas de animales, preferentemente cuzcos o terneros mamones.

—Para molestar a la gente — disgregó, y en seguida me explicó que la única manera de librarse de la influencia maléfica consistía en limpiar en un "mesejante" la ofendida hoja del puñal.

—Los viera, mosito, — runroneó don Tiburcio con voz suave. — Se vinieron los perros a gruñidos, ofertándose al cuchiyo. ¿Qué dise "Capitan", cómo andan las cosas?... — Preguntó en seguida don Tiburcio al "Kaiser" qué le parecía la vida y por ahí los degolló.

—Sí, señor, tranquilamente — aseguró, cosa que no dudé. Dijo a continuación que aunque no se lo creyera, los bichos estaban contentos de prestarle el gran servicio... Después montó y se fue a la pulpería de don Ezequiel llegando justo a tiempo para integrar una trukeada en yunta con el menor de los Techera, que solía hacer algunas changas, que se enojó por una flor mal cantada y por cuyo motivo "casi debió pelearlo". Prosiguió don Tiburcio contando

RECUERDE U.D.

SOLUCIONA EL PROBLEMA DEL ESPACIO EN SU COCINA!!

MODERNA MESA PLEGABLE "JISSA"

ELABORANTE Y FINA TERMINACION

EN DOS TIPOS, DE MADERA O APLICAR

EN VENTA EN LAS BUENAS CASAS DEL RAMO

ES OTRO PRODUCTO DE Establecimiento Industrial y Comercial JAMIL ISSA YTU 1824 - TELEFONO 500261

Sea propietario en **MONTERREY**

- Cno. Carrasco (antes del Parque)
- Omnibus cada 10 minutos
- Luz. Pavimento. Agua

GRATIS 5.000 LADRILLOS DE PRENSA

INFORMES 25 de Mayo 470

DAR S.A. Esc. 16 P. 2 (DE MAÑANA)

PEREZ PETIT

O LA VOCACION CRITICA



Dr. Victor Pérez Petit, el "Clarín" uruguayo.

rencia de Rodó. Por ellos hemos afirmado que aquél era más crítico que éste, sin querer decir con esto que fuese mejor.

Aun reconociendo en Rodó, con Zubillaga y otras autoridades, el primero y más eminente de todos los críticos de América, opinamos con el propio Pérez Petit que le faltan para ser crítico literario algunas de las características. Sobre todo el sentido clánico, tan vivo en Pérez Petit, de lo periodístico, del momento, de saber censurar lo que no es selecto ni profundo: los escombros. En este sentido higienista, es en el que fue crítico más completo que Rodó, más policía: tanto persiguió al malandrín, como protegió al bienhechor.

No obstante Rodó sostuvo con "Clarín" una mayor y más íntima amistad, epistolar y pública. Pero en ello influyó no poco, en primer lugar, que fuese el Director de la "Revista Nacional", y su ideario común por un mayor acercamiento hispanoamericano, que "Clarín" sentía en su propia entraña. Este es el tema principal de su correspon-

dencia, en la que Alas dejó expresado asimismo su aprecio por Pérez Petit en carta del 11 de agosto de 1897.

Los artículos a propósito de los "paliques", dejaron a "Clarín" muy satisfecho, por la sed de legítima justicia que encierran, aun pecando el autor, a su juicio, de exceso de benevolencia. Pérez Petit ya era conocido para "Clarín" por otros comentarios de la revista montevideana, que Rodó le remitía a Oviedo, y en sus páginas había leído Alas los elogios tributados por aquél, con exceso, a Gómez Carrillo, por lo que en esta ocasión le calificó de *muchacho*: es decir, más generoso que prudente, inexperto. Sin embargo, "Clarín" reconoce en los otros artículos de Pérez Petit "calidades de madurez en el juicio, prudencia, templanza, debida parsimonia y penetración concienzuda".

En ambos fundaba Alas su esperanza de que hubiese una parte de la juventud de América Española que mostrase su generoso cosmopolitismo más que en el arte, en la religión y en la filosofía; en lo que se llama la ciencia.

Acaso esta falta de una amistad más íntima entre "Clarín" y Pérez Petit, se deba a lo mismo que como crítico le separaba de Rodó y era por parte de éste, un mayor afán de asegurarse un rincón en la inmortalidad, es decir, despreciar los temas del momento, por los de una mayor posteridad.

Pero en la vida, lo que creemos más provechoso es a veces menos eficaz, por más aparente, que el segundo o la labor cuya fuerza parece insuperable, pero equivale a siglos de existencia.

J. L. PEREZ DE CASTRO

Guzmán G. MARICHAL.

(Especial para EL DIA).

(Especial para EL DIA)

después de escribir *Mezclilla*, y *Ensayos y Revistas*, "Clarín" podía volver a *Solos*, *Sermón Perdido* y *Nueva Campaña*. Para lo cual, analiza los distintos elementos de ciencia y arte que debe contener la crítica y los aplica a los "paliques", justificando cuantos aspectos los informan; porque en crítica ninguno ha de ser exclusivo y si todos complementarios. Ni más ni menos que lo predicado por Alas en el prólogo a su "Palique": un volumen en el que reunió en 1893, gran parte de sus trabajos periodísticos: cortos y ligeros.

Pérez Petit se consolida con él al participar de que a los malos escritores es preferible aplicarles la crítica de la forma que la del ideal, que debe reservarse para los excelentes. Y se muestra conforme en un todo con la que "Clarín" sigue en los "paliques", que, bajo este aspecto, era volver ciertamente a la crítica de los primeros tiempos, a la aguda, breve, militante, detallista e implacable con las nulidades, severa con las medianías, paternal con los principiantes de ingenio. Y como entonces, cual hoy, los escritores salidos de los fondos de la subcultura con pretensiones de astros eran una mayoría, de aquí que en *Palique* abundan las censuras que dan a la obra un fondo de pesimismo ante la penuria nacional.

Es importante destacar en este aspecto, cómo Pérez Petit entrevió la forma de reaccionar "Clarín" ante la realidad con la chispa de su humorismo, de un tono festivo, pero amargo, que dio a su expresión altivez con tensión para el lector y fulminante para el que no cumplía las leyes de la estética y de la retórica. Y resulta importante su apreciación en tal sentido por cuanto tuvimos que esperar a 1958 para que llegase a España un extranjero, Eduard J. Gramberg, a escribir el libro sobre el *Fondo y forma del humorismo de Leopoldo Alas*.

Así pues, para Pérez Petit, los "paliques", lejos de respirar envidia y el veneno del maldiciente, estaban llenos de crítica prudente, manejada con inteligencia tal, que se volvía poderosa y eficaz. Auténtica, por el valor de sus convicciones y el mérito que significaba dedicarse a tan ingrato oficio.

Después de leer los artículos del escritor montevideano sobre los "paliques", y de compararlos con sus primeras críticas, se nota en cualquier detalle la identificación que con el maestro le señalaron biógrafos como Zum Felde, y quiso negarle Ferreira, cuando afirma: "que se aproxima a Taine antes que a otros maestros modernos". Y sin embargo, nada más desacertado que ver en Pérez Petit la teoría fisiológica que caracteriza a Taine como crítico, y ver en el excepticismo de "Clarín" violencias y arrebatos constantes de mal humor.

No podía ser más acertado su juicio comparativo, por cuanto para emitirlo prescindía de los "artículos rápidos" de Pérez Petit. Precisamente aquellos en los que más se parece a "Clarín" y en los que más se dife-

El magisterio ejercido por el integral tardo-critico de Leopoldo Alas, o dicho de modo más universal por "Clarín", tuvo una repercusión en buena parte de la literatura juvenil americana, y en el Uruguay en sus discípulos: José Enrique Rodó —cuya influencia y amistad clariniana hemos puesto ya de relieve— y Víctor Pérez Petit. Los dos siguieron su senda, pero cada uno, por la virtud de su temperamento, obtuvo de ellas enseñanzas distintas aunque complementarias.

Aun confesando no conocer totalmente la obra de ambos autores uruguayos, creemos poder afirmar que Pérez Petit fue más crítico que Rodó; por voluntad, por oficio, y por temperamento. Entiéndase bien, más crítico a lo "Clarín".

La mayor parte de su producción la ocupan los volúmenes de crítica literaria —arte y ciencia— y su dedicación por necesidad a la crítica teatral con su nombre o con pseudónimo, le caracteriza aún más como tal. Desde que se inicia en el periodismo, Pérez Petit confiesa que lo ejerce "un poco a lo "Clarín", arremetiendo duramente contra todos los que consideraba malos escritores". Sin dejar por ello de ocuparse también de los excelsos. He aquí en lo que más se parece a su maestro. Y en que lo realizaba "con todo fervor, convencido de que ejercía un grave ministerio y contribuía a la cultura general del público".

Sagrada misión en la cual radica su más fiel imitación, porque, como "Clarín", demostró un elevado valor moral e intelectual para vencer las dificultades que entorpecían su labor. O como dijo de él, Eduardo Ferreira, ya en 1898, "indiferencia profunda para afrontar los odios y las burlas sangrientas de la gente del oficio, acostumbrada hasta entonces al halago incondicional, y reacia, como las criaturas mimadas son al castigo, a la verdad amarga y a la opinión sensata y desnuda".

Pero a más del ideal de servicio, Pérez Petit siguió también en un principio la huella de Leopoldo Alas en el detalle de la forma y en el del contenido. En el de integrar la crítica indirecta, con la crítica pura, la que "Clarín" llamó certeramente higiénica o policiaca, como la ejerció Boileau, como el propio uruguayo la concebía en su carta a Montero Bustamante: "Es de rigor que el crítico esté doblado de un historiador y de un psicólogo, de un moralista y de un erudito, de un espíritu curioso, de un corazón capaz de vibrar ante la resonancia del corazón ajeno..." y de vigilar la forma.

En ese aspecto formal, Pérez Petit se muestra partidario de Alas cuando en 1897 sale, en "La Revista Nacional", en su defensa *A propósito de los "paliques" de "Clarín"*. Molesto por la censura ejercida por un par de revistas americanas sobre el género del maestro, examina si los "paliques" significan realmente un retroceso a la primera manera crítica de "Clarín"; que tres años antes dejara sentada Rodó en la misma publicación montevideana. O sea, si

que el sargento Rodríguez les pidió que no le comprometieran delante de la ley.

—Enseguida no arreglamos y yo no se porqué, pero le ganamos a la pareja contraria una punta de pesos que me vinieron como poyo a los triacús... — Nunca supe qué pretendió decir don Tiburcio con aquello, pero me quedé muy contento cuando agregó que se pescó una formidable "mamúa" que le acostó contra unas bolsas de papas, "todas pogradas" — aclaró, y a la mañana siguiente lo despertó el susto del pulpero que le estaba diciendo:

—¡Don Sosa!...

—¡Epa!... Don Tiburcio suspendió los manoseos afilados sobre la madera.

—Empesó disiendo que en el patio taba don Hernández, el comesario... que venia en mi busca... Que los perros taban degollaos... Que el Juansito taba muerto y que la Dolores si había colgao e la quinchita sin mi permiso. Como gaucho e ley dije

que todo era mentira... — Don Sosa siguió contando que el comisario don Felipe, era buenazo, pero que no podía soportar malos gestos en el pago, por lo que amenazó con sablearlo si se retobaba.

—¡Marche! — me dijo de malísimas maneras — tiene que detallar las cosas a la justicia. — El paisano estaba visiblemente enojado.

—Y agregó que en Montevideo me sacaban las bobadas... Don Tiburcio exclamó de mal talante que no sabía de un caso parecido.

—Usted que es ingeniero del gobierno y sabe algo más que yo... ¿Nu haya que jué un atroyeo e la ley?... — Me apresuré a darle la razón y aseguré la convicción, colocando en posición favorable el arma que portaba contra la arremetida de los perros.

—Sí, señor — murmuré humildemente al tiempo que un trueno formidable rasgaba el telón del cielo con alquilarífico retumbo. Me incorporé.

EXTEMPORABILIDAD DE LA CARICATURA



MODESTO CLUZEAU MORTET, por SCHUTZ

Trajo este hombre inmigrantes por millones; ha fundado colonias a montones; y es muy buen mozo — como se bien ve — y muy trabajador, Cluzeau Mortet.

El auge de la caricatura alcanzó su mayor dignidad, entre nosotros (escribo en un rincón de Buenos Aires), hacia fines del siglo pasado, época en que el periodismo se alimentaba casi exclusivamente de la política a través del lápiz joco-grotesco: *El Mosquito*, *Don Quijote*, *Antón Perulero*, *El Bi-*

cho Colorado, *La Farsa Política*, *Antón Pijotero*, *El Fraile*, etcétera. Se recordará que fue Henry Stein, el "decano de los caricaturistas" quien, allá por 1885, inició la tradición precisamente en *El Mosquito*. Frente a él se encumbró, dentro de *El Quijote* (o *El Quijote* se encumbró por él), Eduardo Sojo, popularizado también con el seudónimo *Demócrito*.

Pero si una revista cumplió admirablemente toda una tradición dedicada a este hacer, ella fue la fundada el 8 de octubre de 1898 por José S. Alvarez: *Caras y Caretas*. No fue única en ese sentido, pero sí la más leída y prestigiosa, y contribuyeron a su fama los lápices de José María Cao, R. Steiger, Aurelio Giménez, Cándido Villalobos, Arturo Eusevi, Fermín Arango, A. Vaccari, Manuel Mayol, Zavattaro, tantos.

No se habría admitido entonces — o aun mejor a lo largo de nuestra historia hasta precisamente la revolución de 1943 — un gobierno sin la crítica graciosa y pegadora de los dibujantes. Políticos y dibujantes; esto es: gobernantes y censores.

La pluma enmaridó con el lápiz, puesto que se ocupó de una caricatura-literaria o literatura caricaturesca afín: Julio Castellanos, Eustaquio Pellicer, Casimiro Prieto, Julio Ortega, varios. Precisamente Julio Ortega, en 1902, escribió en la popular revista: "A pesar de la tendencia general permanente, innata de censurar todo, de quejarse por todo y protestar contra todo, se advierte bien pronto la influencia de ese refrán de la feria, en la lógica del que habla".

Casi diríamos: la caricatura abundó hasta el fastidio. No permitirle, confinarla, habría sido considerado un delito.

Sin la caricatura, por otra parte, más de un político habría transitado nuestras calles sin pena ni gloria. Tal vez con pena.

Fueron las tres primeras décadas de este siglo algo así como el monopolio del lápiz. Algo más que tres décadas, puesto que la revolución de 1930, aun con sus reacciona-

rios despropósitos, pasó de largo al lado de nuestros dibujantes "políticos". Embargos, déficits, deudas, expropiaciones, aplastaban en 1933, según el lápiz de un caricaturista, como un enorme elefante (el Concejo Deliberante porteño) al pobre contribuyente.

La revolución de 1943 puso una soga al cuello de nuestros dibujantes censores, y los ahorcó demostrando una espeluznante ausencia de entrañas. Hemos vivido, pues, más de una década sin ella. Lapso deletéreo al fin. Nos debimos acostumbrar. Algunos — tantos —, ni lo advirtieron, puesto que fueron la nueva generación: como no conocieron aquel hábito, no lo necesitaron. O quizá porque pertenecieron a aquel pueblo ciego que tiene ojos, a que se refería la Biblia.

Después se volvió a caricaturizar, aprovechando el nuevo clima. Pero nos ha ocurrido algo inesperado: el hombre, con su merecida cabeza de asno o de loro, no nos produce gracia; y da una sensación de extemporabilidad.

¿Será la ataxia espiritual a que nos han conducido tantas angustias? Pasamos con cierta indiferencia, con cierto desgaire, por encima del dibujo que interpreta ocurrentemente al político, al militar o al ciudadano común. ¿Cuáles serán las causas? Aca-



ARTURO D. LUSSICH, por SCHUTZ

Versos gauchescos, en un tiempo hacía, y que en ellos su péñola lucía lo prueba que estuvieron muy en boga. Hoy tiene su Parnaso en la bahía, de la que saca, cuando está bravía, los pesos... y la gente que se ahoga!



CORONEL BERNARDO DUPUY, por SCHUTZ

Este es un hombre formal, honrado a carta cabal, de quien se tiene por cierto que no asciende a General porque es Capitán... del Puerto.



Dr. CLAUDIO WILLIMAN, por CAO

¿Quién es ese caballero?

¿No lo ve?

Es don Claudio, el que sucede a don José

so, me respondo, la abundancia del tipo caricaturesco del cuartel, del parlamento y de la calle, tanto como ha proliferado, nos ha hecho entender que su caricatura, es decir, su figura ridícula y grotesca, es solamente aceptable en el papel y no en su materia orgánica. Y puede que toda esa abundancia nos haya producido tal náusea, tal reacción, que ahora se nos hace intolerable el dibujo que intenta reproducir graciosamente los ejemplos indignos.

La caricatura fue, en cierto modo, el clima de la libertad, en otra época. Y nos pareció que su resurgimiento habría sido índice del resurgimiento de aquel clima. Pero estábamos equivocados. No podemos volver a la caricatura, que se ha colocado al margen de nuestro tiempo y de nuestra sensibilidad. Aunque debemos defender la idea de un nuevo auge, y consolidar la atmósfera que permitiese su rendimiento si ella se empeñara en su vigencia.

Julio IMBERT

(Especial para EL DIA)



Dr. JOAQUIN REQUENA, por SCHUTZ

De este abogado de talla se explica la posición hipica en que aquí se halla, porque los Códigos son su caballo de batalla.



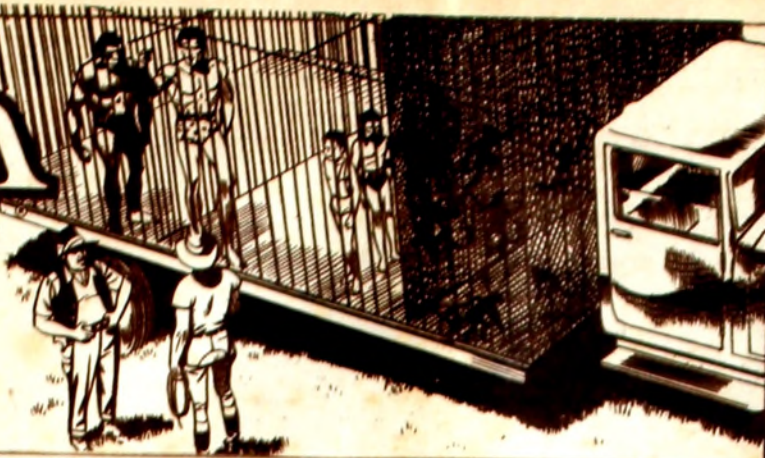
REGARD EN ARRIERE

W. LAPARRA

Tarzan

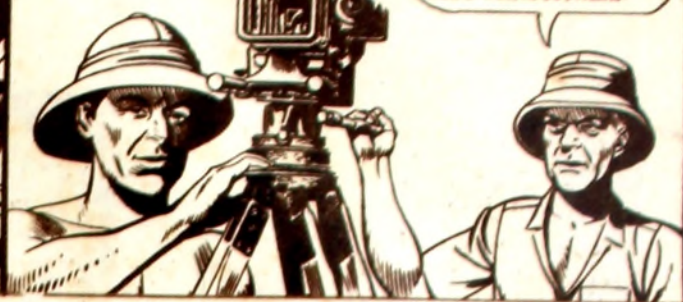
por EDGAR RICE BURROUGHS

LA AVENTURA MAS EXTRAORDINARIA DE TARZAN, HA SIDO ENJAILADO COMO TROFEO CON ITO, EL GRAN HUMO Y LOS PEQUENITOS, PARA I.B. POMPUS, EL DUEÑO DE UN CIRCO Y UNA PRODUCTORA CINEMATOGRAFICA.



NO ME GUSTA QUE I.B. NOS MANDE ENJAILAR A ESTE GIGANTE... EL NO ES NATIVO.

CIERTO, CHARLIE, LAMENTO HABER VENIDO CON ESTA EXPEDICION CINEMATOGRAFICA. LO UNICO QUE ME GUSTA DE I.B. POMPUS, ES SU DINERO.



BUEN TRABAJO, NICK, HABRA UN CHEQUE PARA TI.



GRACIAS I.B., PERO ESPERO QUE UD. SE DE CUENTA DE LO QUE ESTA HACIENDO. NO TENEMOS PERMISO PARA LLEVAR PRISIONEROS, NI HOM-BRES NI NIÑOS.



UDS. TIENEN ARMAS. YO DEJE QUE ME TOMARAN PRISIONERO, PARA QUE NO HIRIERAN A MIS AMIGOS, PERO...



...ESTE NO ES VUESTRO DIA DE SUERTE, SE LOS ASEGURO.

BILL ELLIOT JOHN CELARDO

NO ME LO DIGA A MI. EL JEFE, AQUI ES I.B. POMPUS.



NO ME SIENTO FELIZ CON ESTA SITUACION, I.B.

ESTOY PENSANDO, NICK, PROFUNDAMENTE, ESTOS ENANOS Y EL GORILA VALEN MILLONES, EN MANOS DE UN HOMBRE LISTO.



YO COMPRARE AL GIGANTE Y AL MUCHACHO CON DINERO, SI HACEN LO QUE YO QUIERO. ESTOY PENSANDO PROFUNDAMENTE, NICK!

DICE QUE SU NOMBRE ES TARZAN, I.B. COMO PARA ASUSTARNOS.



MI NOMBRE PARA EL ES U.G., EL HOMBRE GORILA! QUE TE PARECE PARA UN TITULO DE PROPAGANDA?

MANDAME A TOM FABEL CON SUS PAPELES, QUIERO QUE TOME NOTA DE MIS IDEAS.



MIRA, TARZAN! ROMPI ESTO... PODEMOS IRNOS.

ESPERA, HUMO, ELLOS TIENEN ARMAS.



Nutre,
vigoriza,
fortalece.

TODDY

No tiene,
ni puede
tener similares.





1 - De linea completamente nueva, Baby Doll en nylon doble, con aplicaciones de encaje y fina puntilla \$ **69.⁵⁰**

2 - Salto de cama enteramente plisado, con encaje aplicado sobre el mismo nylon \$ **235.⁰⁰**

3 - Moderno pijama en nylon, se destaca la bata por delicado entredos que realiza su atractivo \$ **65.⁰⁰**

4 - Delicada bata de nylon, adornada con puntilla y plisado en el canesú \$ **35.⁰⁰**

5 - Enagua en nylon con detalles de valenciana, diversos colores y un precio extraordinario \$ **19.⁸⁰**

6 - Original Baby Doll realizado en nylon, con detalles de puntilla y plisado \$ **55.⁰⁰**

7 - Destacamos esta novedosa creación en nylon, es un elegante juego adornado con plisado y puntilla. Enagua \$60.00. Camisón \$50.00. Bombacha \$ **18.⁰⁰**

8 - En nuestra completa variedad de nylon, presentamos juego con adornos de puntilla ancha. Enagua \$38.00. Bombacha \$ **15.⁰⁰**

DELICADAS CREACIONES EN

Ropa interior de Nylon

PRESENTAN NUESTRAS 3 CASAS



CLIENTES DEL INTERIOR: Dirijan vuestros pedidos a nuestra CASA MATRIZ, Avda. Agraciada 2302 y M. Sosa.

Para facilitar sus compras, nuestras 3 casas permanecen abiertas durante 10 horas al día en horario continuado de **9 a 19 horas.**

PROGRAMACION DE CASA SOLER EN SAETA T.V.
Lunes a las 20 hs. Grandes Atracciones - Martes a las 21 y 30 hs. Escenario de Variedades - Miércoles a las 20 y 25 hs. Las Grandes presentaciones de Atracciones Internacionales - Sensacional presentación, jueves a las 22 y 50 hs. el Gran Show de las 3 Avenidas.



CASA MATRIZ AV. AGRACIADA 2302
esq. Marcelino Sosa - Tel. 20 09 61

SUCURSAL GOES AV. GRAL. FLORES 2341
esq. Marcelino Berthelot - Tel. 2 42 00 - 2 43 00 - 2 44 00

SUCURSAL CORDON AV. 18 DE JULIO 1601
esq. Carlos Roxlo - Tel. 40 41 11